

Revista literaria

# lanoria



No. 6 SANTIAGO DE CUBA 2013

Y mañana, como un asno de noria,  
el retorno canalla y sombrío,  
doblar la cabeza y escribir:  
*Al Juzgado,*  
con los ojos aún llenos de lumbres,  
sobre un mar amatista encantados.

**Regino E. Boti**

# la noria

**Revista literaria semestral no. 6**  
**Centro Provincial del Libro y la Literatura**  
**Santiago de Cuba, 2014**

Auspiciada por el Instituto Cubano del Libro  
con el apoyo de la Asociación Hermanos Saíz

José Ramón Sánchez (Edición)  
Oscar Cruz (Edición)  
Alicia García (Corrección)  
Reynier Rodríguez (Corrección)  
Maikel López (Diseño)

**Consejo de redacción:**

Reina María Rodríguez  
Javier L. Mora  
Jamila Medina Ríos  
Jorge E. Lage  
Ahmel Echevarría

**Asesor de arte:**

Raúl Gil

**Encuadernación:**

Equipo Ediciones Santiago

**Redacción:**

Centro de Promoción Literaria “José Soler Puig”  
Enramadas no. 356 e/ Carnicería y San Félix  
Santiago de Cuba

Teléfonos: (53)(22) 62 5907 / 62 8096-97-98

Correo electrónico: oscaroilan@gmail.com

marabuzal@yahoo.com

ISSN: 2077-8422

<b>Jorge Enrique Lage</b>	<b>2</b>
<b>A.R. Ammons/ Urayoán Noel</b>	<b>14</b>
<b>Sergio García Zamora</b>	<b>20</b>
<b>Daniel Díaz Mantilla</b>	<b>22</b>
<b>Raúl Flores Iriarte</b>	<b>24</b>
<b>Sandra Santana</b>	<b>26</b>
<b>José Ramón Sánchez</b>	<b>27</b>
<b>Abel Fernández Larrea</b>	<b>29</b>
<b>Jamila Medina Ríos</b>	<b>34</b>
<b>Oscar Cruz</b>	<b>37</b>
<b>Alessandra Molina</b>	<b>39</b>
<b>Hank Lazer/ Mayra López</b>	<b>44</b>
<b>Oliverio Coelho</b>	<b>53</b>

## Jorge Enrique Lage (La Habana, 1979)

### *Grandmaster*

Me desplazo hacia el sur, alejándome de la costa norte sin mirar atrás. El sur es una pregunta sin respuesta: de dónde vienen y adónde van todos esos carros.

(¿Curaçao, Cartagena, Colón, pasar por el Canal de Panamá petrificado y seguir, qué sé yo, hasta unas Islas Galápagos cubiertas de cemento y gasolineras y centros comerciales?)

El multimillonario venezolano que me encuentro en el motel ha visto de todo. Vio las distintas fases de la superconstrucción, presa del vértigo, sacando la cabeza por la ventanilla de su Boeing privado. Ancló su yate más lujoso a la sombra de los carriles más altos. Sobre el Caribe se levantaba ahora una megaestructura zigzagueante, y encima de ella los conductores desafiaban el día, la noche, el viento del mar. Sobra decir que el multimillonario venezolano no vino hasta aquí ni en avión ni en yate: vino por la autopista.

Pregunto en la recepción del motel si disponen de alguna habitación maldita, de esas que nadie pensaría que está ocupada por un ser vivo.

—Tenemos una habitación donde una mujer mató al marido hace apenas unos días.

—Deme esa—. Pago en efectivo y pongo unos billetes adicionales en el bolsillo del tipo—. Si alguien viene preguntando por mí, y por alguien me refiero a cualquier cosa: hombre, mujer, extraterrestre, dígame que no estoy, ¿ok?

—Siempre hay alguien con más dinero que uno.

—Gracias —me guardo la llave—. ¿Voy a encontrar manchas de sangre o qué?

—¿El asesinato? Es una buena historia.

Reviso la habitación.

En la basura del baño encuentro la manzana.

Nada como una buena noche de *role-play* para revivir la pasión. Ella se vistió de Príncipe. Él se vistió de Blancanieves, mordió la manzana acabadita de comprar y se tendió en la cama. Ella debía despertarlo con un dulce beso y arrancarle el vestido y violarlo. Pero no lo hizo. El Príncipe cerró la puerta de la habitación y se llevó la llave. Los que la vieron montarse en el carro pensaron que ella era él con un disfraz ridículo. Partió en medio de la noche chillando las gomas. La autopista remezcla todo eso: fantasía *post-toon*, ilusión atávica, el deseo de huir hasta donde sea posible.

—Hola, tú —me dice la manzana: los bordes de la mordida se mueven, dando forma a una boca—. ¿Sabes quién soy? La manzanita de Apple.

Evidentemente, la inyección de cianuro la volvió loca.

Salgo de la habitación al anochecer, voy hasta la máquina expendedora y luego me quedo unos minutos apoyado en la baranda del primer piso, mirando las luces de la autopista. Mirando el parqueo del motel.

Lo veo llegar.

Lo veo bajarse.

Lo veo sacar un bulto del maletero del Ferrari. Una gran bolsa.

De pronto alza la vista hacia donde estoy. Me meto rápido en la habitación. Al poco rato empiezan los ruidos en la habitación de al lado. Chasquidos, vibraciones, golpes metálicos que duran toda la madrugada.

—¡Qué bueno! Vamos a echar una partida —dice la manzanita de Apple.

El tablero es 10x10, viene con un dado y dos piezas que yo nunca había visto.

—¿Por qué todo tiene que ser raro? —Me pregunto.

—Es el Ajedrez Aleatorio de Capablanca, que combina las ideas del Ajedrez de Capablanca y del Ajedrez Aleatorio de Fischer —y la manzanita de Apple me informa que las dos piezas mutantes, innovaciones de Capablanca, se llaman `arzobispo´ (un alfil-caballo) y `canciller´ (una torre-caballo). La posición inicial es aleatoria: se establece lanzando el dado como propuso Fischer, las únicas restricciones son que los alfiles deben ser de distinto color, el rey debe estar entre las dos torres y todos los peones deben empezar protegidos—. Te concedo las blancas, cerebrito. Tira el dado.

Tocan a la puerta.

—¿Quién es?

—Espero que no te haya molestado el ruido —dice la voz.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Vas a pasar mucho tiempo ahí dentro?

—Depende.

—Te vas a aburrir.

—Ya estoy aburrido.

—De mí no tienes que esconderte.

—Gracias por aclarármelo.

—Te voy a dejar un regalo aquí afuera en señal de cooperación. Hablamos en otra ocasión, si quieres.

Pasos que se alejan.

Espero un rato.

Abro la puerta para recoger la bomba.

En el piso hay un juego de ajedrez, y una nota:

“Para que te entretengas un poco, mi pana. Me lo regaló Kasparov. Sí, ese mismo, Garry Kasparov. Yo soy de Venezuela, país hermano”. (Firma: R. A.)

Hay que tener en cuenta que los conceptos de una modalidad distinta del ajedrez clásico cambian por completo el concepto general de lo que es una partida de ajedrez.

SELLADO

OFICIALMENTE

SERVICIO DE CORREOS

J. R. Capablanca: Un saludo tengan todos. Hoy estaré junto a un colega norteamericano a quien no conozco, comentando las incidencias de esta partida. Debo aclarar que no me entusiasma mucho el análisis. No estoy especialmente interesado en la teoría. Me interesan los deportes ligeros. El tenis, por ejemplo. Y la gimnasia femenina.

Bobby Fischer (manoteando ante la cámara): Quítame eso de ahí. Apágala. Si no, me voy ahora mismo y no comento nada. Que se escuche solo mi voz, como en las entrevistas de radio que di por todo el mundo. Ejemplo: septiembre 11, 2001, Filipinas. Que se escuche la voz absolutamente fiable de un narrador.

La posición inicial obtenida del lanzamiento del dado (más que aleatoria, absurda) obliga a improvisar una apertura. Trato de seguir los lineamientos de siempre: desarrollar las piezas, luchar por el control del centro. Sea el ajedrez que sea, el centro sigue siendo el centro. ¿O no?

Para confundir a mi oponente, escojo un peón de la esquina y lo llevo tres casillas adelante. La manzanita de Apple saca el incomprendible alfilcaballo de atrás de su fila de peones.

B. F.: Claro que había que introducir modificaciones. El viejo ajedrez estaba muerto, ya no había creatividad. Era puro estudio y memorización de manuales. Y para colmo los rusos, astutos perros, arreglaban las partidas entre ellos. Yo vi muchas cosas, pero sobre todo vi el congelamiento del ajedrez, el ajedrez como una guerra fría. Por eso inventé mis propias reglas, para mandar al diablo las posiciones de *textbook*.

J. R. C.: Yo nunca estudiaba. Mis libros eran los tableros, la práctica, los vestidos de las damas europeas, la práctica, las bailarinas rusas de 1925, 1935, 1936... Durante todos esos años el ajedrez estuvo un poco muerto para mi gusto. Demasiadas tablas. Se suponía que un tablero más grande y dos piezas nuevas agregarían espectacularidad a las partidas, pero nadie hizo el menor caso. Y eso que entonces yo era el cubano más famoso del mundo.

Su nombre, el nombre del venezolano, es Román. Román Abramovich.

Puedes buscar mi ELO en la revista *Forbes*, bromea.

En las primeras jugadas evito cambiar piezas. Primero debo averiguar qué hacer con ellas en este tablero que me parece enorme. Pronto llegamos a lo que se conoce como una posición cerrada, donde la manzanita de Apple parece encontrarse a gusto.

J. R. C.: Mejor las negras. Hasta ahora lo único que han hecho bien las blancas ha sido crearse puntos débiles.

B. F.: ¿No estás siendo demasiado blando con las blancas?

J. R. C.: Es cierto que, fuera del tablero, las mujeres pueden ser una debilidad. Y las debilidades pueden llevarte a perder el título mundial. Me refiero a las debilidades en el tablero.

B. F.: *I don't like american girls. They're very conceited, you know.*

J. R. C.: Debemos tomar partido por una lengua, Bobby. Mientras estemos narrando.

Me doy cuenta de que enrocar por este lado no fue la mejor decisión. Empieza a preocuparme la diagonal b1-j9.

B. F.: Esta chica me mandaba cajas de bombones y cartas de amor. Decía que ella estaba en la multitud mirándome jugar, que cuando yo me fui las estrellas se cayeron del cielo de Yugoslavia o algo así. Resulta que su país sufría una especie de embargo. Años después recordé esas cartas, cuando le escribí a Osama Bin Laden para brindarle mi apoyo y decirle que los dos éramos fugitivos del sistema de justicia estadounidense. Puse "justicia" entre comillas.

Bebemos cerveza y miramos las estrellas y vemos pasar los helicópteros-patrulla por encima del motel y Román Abramovich me habla de su ejército privado. Cuatrocientos hombres y una

sola misión: protegerlo. Pero ahora está solo. Los helicópteros-patrulla no tienen nada que ver con él (ni con nadie en específico). Era más seguro viajar de incógnito, sin su séquito de mercenarios. Sus enemigos debían suponer que estaba aún en Venezuela. El Proyecto debía permanecer a la sombra todavía. Mañana el Proyecto y él seguirán rumbo al norte, y desde allí dará un salto a la Dimensión Desconocida para bosquejar el Plan.

J. R. C.: Luego de Ce5, lo que vemos es una posición complicada por gusto. Mi sugerencia para ambos bandos es simplificar. Esto es algo que yo he dicho muchas veces: hay que eliminar la hojarasca del tablero.

B. F.: Me gusta que esta partida se juegue en un cuarto cerrado. Me trae recuerdos de Islandia 1972, *match* contra Spassky por el título mundial. El ajedrez es eso: solo tú y tu oponente, y los dos tratando de demostrar algo. Kissinger me llamó y me dijo: “Tú eres nuestro hombre contra los rojos”. No pude dejar de recordarle que pocos años atrás el Departamento de Estado me había impedido asistir al torneo que lleva tu nombre, el Memorial Capablanca en La Habana.

J. R. C.: Yo tuve buenos amigos rojos, y en verdad lamenté que los rojos no participaran en la Olimpiada de Buenos Aires 1939, donde pensaba despedirme de todos ellos. Yo predije que Botvinnik sería campeón mundial. Una vez, en un torneo en Moscú, me di cuenta de que Stalin observaba las partidas escondido detrás de una columna. Fui hasta él y le dije (detrás de la columna): “Cuando los demás ven una posición, se preguntan qué puede suceder, qué sucederá; yo, sencillamente, lo sé”. Stalin me miró muy serio. “Puedo demostrártelo”, agregué, y Stalin me miró más serio todavía... y ahora veo que las negras están a punto de quebrar la estructura de peones blancos en el flanco izquierdo.

Así es. No solo la estructura, también pierdo un peón. Luego la manzanita de Apple coloca

su arzobispo en f4 y yo me lo siento en lo más profundo de la garganta.

No puedo más, dice Abramovich. Yo pienso que se refiere a la cerveza, porque ya está bastante borracho. No puedo más (eructa), tengo que contárselo a alguien... Al fin lo logré, pana. He reconstruido a Simón Bolívar con partes de distintos cadáveres. Tengo al Libertador allá dentro, en mi habitación. ¿Quieres ir a verlo?

B. F.: Las blancas no aguantarán la presión por mucho tiempo. Allá en Islandia, Spassky tampoco aguantó. El Kremlin envió un psiquiatra. Supongo que un psicólogo no bastaba. Pero yo no creo en la psiquiatría, ni en la psicología. Creo en las buenas jugadas. Lo único que cuenta sobre el tablero son las buenas jugadas.

Me sigue preocupando la diagonal b1-j9. De hecho, ahora me preocupan todas las diagonales.

J. R. C.: Lo más indicado era abrir la columna h, y luego cambiar las damas. Ahora las negras consolidan la coordinación entre sus piezas.

B. F.: ¿Sabes?, admiro la claridad de tus descripciones.

J. R. C.: Suenas como Olga, mi segunda esposa.

Me esmero en los movimientos defensivos, o que yo considero defensivos y tal vez no lo son. Tampoco veo muy claras todas las amenazas, dónde están, en qué consisten.

Debo proceder con cautela y evitar los riesgos que pueda. Si no cometo eso que llaman un *blunder*, o me vuelvo loco por estar enfrentando a una manzana trastornada, es posible que consiga unas tablas.

En la cama una plancha metálica reemplaza al colchón, encima hay un cuerpazo humano sujeto con cadenas por las muñecas y los tobillos y conectado mediante cables a una serie de generadores eléctricos. Rodeando el cuello, se ve la costura que unió la cabeza con el tronco;

remaches y costuras más pequeñas son visibles en la cara, las gruesas manos y los pies enormes. Es como Frankenstein pero vestido con uniforme de libro de Historia. El parecido con Bolívar es inobjetable.

Abramovich termina de vomitar y sale del baño trastabillando.

—¿Qué te parece? Ahora solo hay que darle una buena sacudida con corriente galvánica.

J. R. C.: Yo escribí mis cositas sobre ajedrez, Olga me ayudaba con los manuscritos puliendo las partes que no eran de naturaleza puramente técnica. Decía que rara vez había que mejorar la redacción. Hablaba de “algo encantador” que “transpiraba” en mi escritura. Elogiaba mi capacidad para dejar sobre el texto únicamente aquello que lo hace funcionar con economía y ventaja. “Le das una importancia excepcional a los elementos dinámicos del texto —decía—, cuando todos los demás se concentran en los estáticos. Entiendes como nadie la importancia de tener la iniciativa sobre el lector...”. Olga trataba de convencerme de que yo hubiera podido ser el mejor escritor cubano del siglo xx. Hay que ver las tonterías que te meten las rusas en la cabeza.

Sorpresivamente, caigo en una trampa o en un mal cálculo y pierdo un alfil. Lo que significa que ya estoy perdido, solo es cuestión de tiempo. Ni soñar con el empate.

A lo mejor en este ajedrez vitaminado no es posible hacer tablas. Su diseño no las permite. Las caras del dado diabólico y la dimensión *freak* de las piezas proyectan sombras exponenciales.

Resisto un poco más, motivado sobre todo por la inercia. Cuando inclino mi rey en señal de rendición, la manzanita de Apple levanta los extremos de su boca-mordida: está sonriendo. Jaque mate, dice. No me diste jaque mate, le digo. Ya lo sé, pero quería decir jaque mate. Es que esta es mi primera vez... ¡y sin manos!

B. F.: El problema es que Spassky, en el fondo, era un buen tipo. Y los buenos pierden en el ajedrez. Hay ajedrecistas duros y ajedrecistas buenos, y yo soy de los duros. El propio Spassky me definió así: “Cuando te enfrentas a Bobby la cuestión no es ganar o perder, la cuestión es sobrevivir”. Con una sola mano gané aquel *match* para Estados Unidos. ¿Y cómo me lo agradecieron? En cuanto dejé de serles útil, pusieron en marcha una conspiración internacional en mi contra, con Israel a la cabeza. Supe lo que se estaba tramando cuando leí *The Secret World Government*, el libro que escribió el Mayor General de la Rusia zarista Arthur Spiridovich. Aquel libro sí que estaba bien escrito. Libros como esos son los que tienen que hacer los escritores. Cuando me convertí en objetivo del FBI y la CIA, yo estaba preparado para entender lo que se movía detrás, por los conductos secretos de la historia.

Los tejidos muertos se electrifican y convulsionan. Los cables sueltan chispas. Las luces de la habitación parpadean y de pronto nos quedamos a oscuras.

—Creo que te llevaste la corriente de todo el motel —comento.

—No hay problema, el motel es mío. Lo compré. De hecho, compré todos los moteles entre las dos costas —Abramovich enciende un reflector—. La luz nos ciega. Cuando abrimos los ojos, vemos a un Bolívar extrafuerte que ha roto las cadenas de metal, se ha quitado de encima los electrodos y los cables y está sentado en la cama poniéndose las botas.

—Está... ¡vivo! ¡Es él...! Él... Él... ¡El Libertador! —Abramovich se mueve de un lado a otro, exultante y nervioso. Ni rastro de la borrachera.

Simón Bolívar ensaya unos pasos firmes por la habitación, se estudia en el espejo el rostro inexpresivo. Tose. Se da unos golpes estruendosos en el pecho y escupe un pedazo de alguna sustancia de relleno. Se ve muy, pero que muy calmado.

—¿Podrá hablar? ¿Podrá decir... algo? —Le pregunto en voz baja a Román, pero él no me responde, no

me ve. Decido retirarme discretamente, cerrando la puerta sin hacer ruido. No termino de escuchar el discurso de bienvenida:

—¡Oh, General! ¡Oh, Maestro! No se imagina cuánto he (...)

B. F.: Parece que las blancas abandonan. Lo mejor que pueden hacer.

J. R. C.: Hubo momentos en mi vida en los que estuve muy cerca de pensar que no podía perder ni una sola partida. Me consideraba invencible. Pero entonces resultaba vencido, y la derrota me obligaba a aterrizar.

B. F.: Hubo momentos en mi vida en los que simplemente lanzaba las piezas al aire y estas caían en las casillas correctas. En la estúpida partida que acabamos de presenciar, las piezas blancas cayeron una y otra vez en las casillas equivocadas.

J. R. C.: Nada es tan saludable como una paliza en el momento oportuno. De pocas partidas ganadas he aprendido tanto como de la mayoría de mis derrotas. Es verdad que fueron muy pocas derrotas, así que nunca tuve muchas oportunidades de aprender.

B. F.: Bueno, se nos acabó la partida... ¿Repasamos los *highlights*?

J. R. C.: ¿No podemos, sencillamente, dejar de hablar de ajedrez y callarnos para siempre?

(...)

B. F.: Dime, ¿qué fue lo mejor?, ¿qué rescata-  
ríamos?

J. R. C.: San Petesburgo, 1914: el Zar (el último de los zares) me otorga el título de Gran Maestro.

B. F.: Renunciar al título mundial inmediatamente después de ganarlo. Lo volvería a hacer.

J. R. C.: Nunca, bajo ninguna circunstancia, vivir ni comportarse como un GM solo porque un Zar te ha dado el título de GM.

B. F.: Caminar sobre la faz de la Tierra como una celebridad, como un *playboy*, como un visionario, como un monstruo que nadie comprende.

J. R. C.: La primera vez que derroté al gran Lasker en los Estados Unidos, y él me dijo: “Joven, usted no comete errores”, y yo pensé: ¿Por qué tendría que cometerlos?

B. F.: Renunciar a la ciudadanía estadounidense y convertirme en islandés. A fin de cuentas, yo también puse una isla en el mapa.

J. R. C.: La embajada cubana en los Estados Unidos, el mejor lugar del mundo para ser un consejero económico (tal vez, en el fondo, lo que yo siempre fui).

B. F.: La cárcel en Japón, donde me di cuenta de que yo hubiera podido ser otra persona si el mundo no me hubiera cambiado.

J. R. C.: El Club de Ajedrez de Manhattan.

B. F.: El Club de Ajedrez de Manhattan, por supuesto. Y el instante en que tu adversario se retuerce frente a ti. El sonido que hace el ego de un hombre al romperse en pedazos.

J. R. C.: Podemos seguir así toda la noche, Bobby...

Al amanecer, desde mi puesto en la baranda, los veo partir. El multimillonario venezolano y su acompañante (que no sabe conducir) se van quién sabe adónde, y quién sabe por cuánto tiempo.

Las ruedas del Ferrari levantan todo el polvo acumulado en el parqueo.

## Fuera del juego

La primera vez que caminé sin rumbo por Barcelona llegué hasta el *Camp Nou*. No entré. No había partido. Me senté a mirar por fuera el estadio más grande de Europa, la catedral del Barça. Un cartelón decía: *Mes que un club*. Para entonces el catalán ya me parecía una lengua arrogante.

Solo volví al *Camp Nou* en otra ocasión, y fue para encontrarme con el duelo más intenso del fútbol mundial. No me creía del todo estar sentado allá dentro. Aquella noche noté que Cristiano Ronaldo, la estrella del Real Madrid, tenía una protuberancia junto al cuello, un bulto que se le marcaba bajo la camiseta blanca. Pensé que podía ser un tumor benigno.

No había muebles en el apartamento. Frank Marcos decía que ya era bastante duro pagar el alquiler como para ponerse a comprar sillones. Además, en cualquier momento habría que salir corriendo.

Al anoecer llegaba el Estatua. Tiraba en una esquina el arco, las flechas, el gorro; luego abría una lata de cerveza y se sentaba en el piso, frente al televisor, sin quitarse la pintura de la cara.

—¿Qué vuelta?

—Ahí —contesté.

Le decíamos el Estatua porque hacía de Robin Hood en la Rambla. Se pasaba horas con la cuerda estirada, casi sin pestañear, apuntando la flecha hacia un blanco inexistente.

—Cuando me empecé en ser actor —me dijo apuntando a la pantalla con la lata de cerveza—, Cuba perdió un gran delantero centro. Te lo puedo asegurar.

En la televisión ponían un resumen de la última jornada de La Liga. Los equipos pequeños seguían poniendo de su parte para no desaparecer en la hierba del terreno, tragados por un tedio infinito que también era una forma de dignidad.

—Al mediodía tocaron a la puerta —informé—. No abrí.

—Estás paranoico, chama. Debe haber sido la casera.

Un día Frank Marcos se apareció con unos libros bajo el brazo y anunció que el túnel estaba terminado. Ya podían empezar la operación.

—Al fin —dijo el Estatua frotándose las manos de blanco, como guantes.

Frank Marcos tiró los libros sobre una colchoneta y me dijo:

—Tengo un trabajito para ti.

—Pensé que lo tenían todo cubierto por allá abajo —dije.

—Es aquí. Nosotros vamos a estar moviéndonos, y necesitamos un guardia. Será solo por unos días, no tienes de qué preocuparte.

Abrió la puerta de un cuartico donde se acumulaban trastos:

—A que no adivinas a quién vamos a secuestrar y esconder ahí dentro.

El Estatua sonrió. Frank Marcos se puso en la cabeza un pasamontañas negro.

Lo conocí en Centro Habana, donde ambos frecuentábamos los talleres literarios. (En aquellos talleres literarios habaneros conocí a varios de los implicados en la operación de La Central). Éramos jóvenes, éramos buenos. Nos sentábamos a leer poemas y cuentos en saloncitos mal iluminados mientras afuera, en la calle, se amontonaban las ruinas. Íbamos de parque en parque y de tertulia en tertulia, escuchando, comentando, discutiendo. Entonces algo pasó. Nos descompusimos. Algunos tocamos fondo. Él se convirtió en una especie de terrorista. Recuerdo una ocasión en que el asesor literario le preguntó su criterio sobre lo que alguien acababa de leer en el taller. Yo no diría que es malo, dijo Frank Marcos, porque decir que es malo equivale a suponer que algún texto que nosotros escribamos puede ser bueno. Y todo lo que nosotros podemos escribir, todo lo que nosotros vamos a escribir en nuestras miserables vidas en caso de que sigamos escribiendo, ya es malo por definición.

Cristiano Ronaldo tenía los ojos abiertos, pero no miraba a ninguna parte. Le colgaba la mandíbula. Parecía cataléptico. Sin embargo, se veía extrañamente natural.

El Estatua y otro encapuchado lo arrastraron hasta el cuarto. El otro encapuchado, un gordiflón que vestía una camiseta vieja del *Barça*, dijo:

—Me quedo con esto —y le sacó a Cristiano Ronaldo la camiseta del Real Madrid (¿con camiseta y todo?, me preguntaba yo, ¿pero de dónde lo traen?, ¿cuánta gente está en este juego?), el número siete de CR7. Y el bulto quedó a la vista.

Era una deformidad oscura que emergía entre el cuello y el hombro y proyectaba un delgado relieve sobre la espalda hasta el omóplato, como una cola de reptil. Tenía dos prolongaciones cortas, una a cada lado, que sugerían bracitos. Solo le faltaba la boca para semejar un bicho asqueroso.

Cristiano Ronaldo seguía inconsciente, pero en su bulto se abrieron dos ojos.

El bicho chilló.

El túnel comunicaba un sótano oscuro del Raval con el subsuelo de la librería La Central. Bastaba mover unas piedras del enlosado para subir a la planta baja, por la sección de poesía. Una vez adentro se repartían por todas las secciones, llenaban las cajas de libros. Abajo, en el túnel, las cajas llenas pasaban de mano en mano, mientras en dirección opuesta seguían subiendo cajas vacías a la librería. Luego, en el sótano, el cargamento salía de las cajas y los libros iniciaban múltiples recorridos dentro de pequeños paquetes que se distribuían (de mano en mano, en otro trasiego subterráneo) por toda Barcelona y de allí hasta Madrid: una red de enlaces se ocupaba de que los libros robados, centenares de libros, miles de libros, encontraran poco a poco un espacio en las mochilas, los bolsos, los maletines, los equipajes de quienes en algún momento viajarían a Cuba. El dinero también se movía, pero no tanto. No era cuestión de dinero, que por otra parte apenas teníamos, sino de organización, de contactos. Y de estrategia: la operación de succionado (a Frank Marcos, el estratega, le gustaba esa palabra) de La Central, a la que también nos referíamos como La Descentralización, debía permanecer *low profile*. La policía y la prensa españolas tenían que

concentrar su atención en un asunto mucho más terrible e infinitamente más jugoso. Un asunto tan hipermediático que a nadie se le ocurría pensar en desapariciones de libros. La desaparición de Cristiano Ronaldo, por ejemplo.

Abrí la puerta. El bicho había dejado de chillar. Jadeaba y me miraba fijo con sus pupilas grises. Descubrí que tenía unos dienteitos bien puntiagudos y una lengua filamentososa. Entonces empezó a hablar.

No era (hay que decirlo) la voz de Cristiano, cuya boca permanecía tan desmayada como el resto de su cuerpo, con excepción de aquel bulto o tumor parlante. No era una voz humana. Conservaba, eso sí, el acento portugués, pero era un acento que subía de las cloacas, de las cañerías más antiguas y profundas de Madeira, tal vez desde el fondo mismo del Atlántico. Era como un tufo que se te metía por los oídos en lugar de por la nariz. De pronto el bicho me pareció una masa de mierda viva, una especie de mojón ancestral incrustado en el cuerpo de CR7. Un mojón que hablaba como un demonio:

—¿Qué estoy haciendo aquíiiiiiiiiiiii? —Me preguntó—. ¿Quiénes son ustedesssssss?

¿Qué sentido tiene escribir en Cuba?, me preguntaba, se preguntaba a sí mismo el joven Frank Marcos. Antes era diferente, mira esto, decía mostrándome un volumen de poemas de Heberto Padilla, una de esas ediciones antiguas que seguían circulando por los talleres literarios, uno de los libros más célebres de las letras cubanas. El libro del Caso Padilla en 1968, más de tres décadas después, había caído por fin en manos de Frank Marcos. (Quién lo hubiera pensado.) Los poemas no le interesaron, por supuesto. Lo que le interesó fue el prólogo, la declaración de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba donde se rechazaba el contenido ideológico del poemario.

¿Te imaginas un libro que tenga frases como estas en la solapa o en la contraportada?, decía



—Te daré una chicaaaaaa. Te daré una jodida belleeeeeeza. Una supermodelo rusa desnuda bajo su abrigo de piiiieeeeeeeel. Para que te la lleses rápido a la cama y veas su piel blanquísima los golpes los moretones los surcos los latigazos y te hundas en sus ojos de esmeralda sedientos de sansansansaaaaaaangre.

Lo miré fijamente. No podía estar hablando más en serio.

—Rápiiiiidoooooooo. Lleguemos a un arreglo ahoraaaaaaa. Antes de que regresen tus amigos tus cómplices esos harapientos perdedores infeliceeeeeeeeeeeeeeeee.

Llegaban de madrugada al apartamento (Frank Marcos a veces ni siquiera llegaba). Solo una vez el Estatua se apareció más temprano. Era la noche del gran duelo: el Real Madrid contra el Barça. El Clásico. No se lo podía perder.

—¿Cómo está la cosa, chama?

—Todo tranquilo —le dije.

Por aquellos días no estaba usando su disfraz de Robin Hood marmóreo, pero cuando se sentó frente al televisor empezó a pintarse la cara con pintura blanca.

—Esto es por él, por Cristiano. Esta noche estoy con los merengues.

Aquella noche era doblemente especial. El *Camp Nou* era un hervidero de sentimientos. Carteles y fotografías del ídolo portugués llenaban amplias secciones de las gradas. A vuelo de cámara se leía: CR7 TÚ ERES EL MEJOR, CR7 VUELVE CON NOSOTROS, y otros mensajes por el estilo en manos de los hinchas del Madrid.

Salieron los jugadores y los árbitros al terreno. El rostro del desaparecido salió en la pantalla del estadio mientras el audio emitía un comunicado de la Federación Española de Fútbol. No se sabe qué ha sido de él, aún se ignora su paradero, pero Cristiano Ronaldo está en nuestros corazones. Rotunda seriedad en el palco de los presidentes de ambos clubes, rotunda seriedad en los semblantes

de los técnicos y los jugadores de ambos equipos. Hasta el Estatua, normalmente una piedra, parecía conmovido por el espectáculo. Incluso yo, que recién había hablado con el bicho, estaba conmovido.

Por fin sonó el pitazo y el balón comenzó a rodar. Empezaba el Clásico de La Liga. Empezaba un partido que sería visto por millones de personas en todo el mundo.

—¿Es verdad que tú estuviste ahí? —me preguntó el Estatua señalando la pantalla—. ¿En el *Camp Nou*, con esta gente jugando?

—El año pasado, sí.

—Pinga. ¿Y cómo era?

—Era... no sé. Era como estar en el centro.

—En el centro del campo —dijo el Estatua.

—No. En el centro de muchas cosas.

A los pocos minutos ocurrió la primera falta. Un mediocampista del Madrid le propinó un ligero empujón a Lionel Messi, el astro argentino, el Mejor Jugador del mundo sin duda alguna. (Pero lo mejor de Lionel, pensé, es su brillante laconismo. Hay una lección ahí, tiene que haberla: el Messias de los barcelonistas es un jugador de pocas palabras en castellano y ninguna en catalán). Messi cayó al suelo y se levantó rápidamente. El árbitro dejó seguir.

Necesitaba que el demonio dejara de hablar. Que no articulara más palabras.

—Apuesto a que te gustaría tener las mejores sssssss marcassssss del mundo las marcassssss mássssssss exclusivassssss ¿eh? Todas esas marcassssss y logossssss como gusanitosssssss acariciando tu sarnoso cuerpo y despuéssssss metiéndosete por el culo ¿eh eh eh? ¿Verdad que síiiii?

—Cristiano... —le dije.

—¿Qué esssssperas qué qué qué estásssss esperando pordiosero apestosooooooooo?

—Ronaldo... ¿estás ahí? —trataba de mirar a los ojos vacíos de CR7 y no al bicho.

—Si no me sueltas ya verás prepárate estúpido gilipollaaaaaaassssssssssssssssss.

¿Pero cómo podía soltarlo, cómo se iba a ir? Aunque quitara las cadenas y dejara la puerta abierta. ¿No se daba cuenta de que estaba unido a un cuerpo en coma?

—Noooo sabesssssss de lo que soy capazzzzzzzz. Noooo tienes ni puta ideeeeeeeeeee.

—Esta noche es el Clásico, ¿te acuerdas, Cristiano? ¿La Liga? ¿El fútbol?

—Descargaré mi poderosssssssss raaaaaaabía sobre vosotrossssssssssss.

Imaginé a CR7 corriendo por un terreno de juego con el torso desnudo y con esa cosa deforme y musculada encima de él, atizándolo, cabalgándolo, soltando chillidos entre uno y otro sorbo a una botella de *Powerade* que quién sabe la mierda que podría contener.

—Maldiiiiito perrrrrrro malnacidooooo. ¿Acaso entiendessssssssss quién soooooooy?

—Ronaldo, ¿estás ahí dentro, en alguna parte? ¿Puedes escucharme?

Los minutos que siguieron están en la memoria de todos, en la memoria colectiva del fútbol, en nuestras páginas más traumáticas. Ni los mejores cronistas se atrevieron a organizar con palabras aquel enfrentamiento. Yo me limitaré a recordar una serie de imágenes.

Vi a Khedira, el alemán, y a Sánchez, el chileno maravilla, enredándose en insultos y bofetadas después de una caída. El árbitro y otros jugadores acudieron a separarlos y en el tumulto se originaron más bofetadas, empujones e insultos. El voltaje del partido no hacía más que subir.

Vi el botín de Pepe clavándose en el tobillo de Pedro. Un hachazo, como suelen decir los narradores. Al delantero canario lo sacaron en camilla. Aunque pusieras el televisor en *mute*, en la repetición era posible escuchar el sonido de los huesos partiéndose en cámara lenta.

Vi cómo las patadas se desentendían del balón: ahora iban dirigidas a los contrincantes. El silbato del árbitro no paraba de sonar, pero cada

vez se le hacía menos caso. Eran solo silbatazos. Preocupado, el Estatua murmuró: Messi... Coño, van a matar a Messi...

Vi a Dani Alves propinando ataques aéreos con ambas piernas, danza salvaje que uno de los narradores, con un hilo de voz, identificó como *capoeira* o kung-fu brasileño. Poco después la narración oficial del partido enmudecería por completo.

Vi al estelar Iker Casillas muy lejos de su arco, saltando en mitad de la cancha para atrapar no el balón sino la cabeza de Gerard Piqué, el novio catalán de Shakira (a quien las cámaras mostraron presa de histeria en el palco vip, una loba desmelenada). Entre los guantes del portero del Madrid, la cabeza terminó estrellándose contra el suelo.

Vi a Messi corriendo de un lado a otro. Messi, pequeño de por sí, en medio de la confusión se había hecho más pequeño todavía, se había encogido más o menos hasta la tercera parte de sus proporciones originales. Con una velocidad increíble pasaba entre las piernas de los demás jugadores.

Vi a Xabi Alonso blandiendo una navaja. El árbitro le mostró la tarjeta roja: expulsión por conducta antideportiva. El donostiarra le gritó algo al árbitro (seguramente: “mira lo que hago con tu expulsión”), le arrebató la tarjeta roja y se la empujó por la boca junto con el silbato.

Vi a Kaká con la camiseta desgarrada, desorientado. Vi a Iniesta, el héroe del Mundial de Sudáfrica, tendido en el césped con las manos apretadas sobre el abdomen. El rostro de Iniesta era la palidez misma. Sus manos estaban empapadas de sangre.

Vi a Messi corriendo de un lado a otro. Su tamaño se había reducido aún más. Los del Madrid intentaban pisarlo. Messi esquivaba magistralmente los botines Adidas y los disímiles objetos que, lanzados desde las gradas, habían empezado a caer como proyectiles en el terreno.

Vi a Mourinho, el entrenador del Madrid, gritando en el borde de la cancha. Movía los brazos

como un loco, dando indicaciones que nadie podía entender ni escuchar. Lo vi señalar a alguien o señalar a todos con una mano; con la otra agarraba la culata de una pistola que llevaba en la cintura.

Vi cómo entraban corriendo a la cancha los jugadores suplentes y los miembros del cuerpo técnico de ambos equipos. En medio de la turbamulta en que se había convertido el partido, las cámaras localizaron por fin al mítico Guardiola. El entrenador del Barça miraba al cielo.

Vi al diminuto Messi, de dos o tres pulgadas de estatura (a ese ritmo, pensé, terminará desapareciendo en la hierba), saltando por encima de los cuerpos caídos y los charcos de sangre merengue y *blaugrana*. Ahí está Messi, le grité al Estatua. ¡Míralo ahí!, ¿lo viste? Pero el Estatua no me oyó. La pantalla estaba llena de ruidos: una sierra eléctrica, sirenas, explosivos.

Vi rodar las cabezas cortadas de Sergio Ramos y Carles Puyol. Vi brazos, piernas, pieles arrancadas a jirones. Vi a Eric Abidal con un hígado entre las manos. Vi órganos colgantes y órganos desperdigados.

Vi a los espectadores saltando al terreno, un alud enloquecido que descendió por las gradas del *Camp Nou*. Y entre todos los cuerpos que chocaban, entre todas las cosas que volaron por los aires había, al parecer, un bolso repleto de libros, una maleta que se abrió y derramó un bulto de libros.

Vi caer esos libros al césped. Cayeron, todos juntos, arriba de Messi. Como rocas. Como escombros. ¡Lo aplastaron!, gritó el Estatua. ¡Aplastaron a Messi!

Vi, examiné al detalle el montón de libros que cubría al astro. Una cámara se acercó. De pronto los libros ocuparon toda la pantalla. No tuve ninguna duda de que provenían de La Central. No tuve ninguna duda de que Messi, como nosotros, estaba liquidado.

Vi cómo la imagen se quedaba fija por primera vez en todo el partido: prolongado *close-up* a aquellos

libros nuevos, aquellos libros robados, algunos luciendo su bandita roja promocional. Unos segundos en vivo que duraron una eternidad.

Vi, entonces, un ligero corrimiento en el montón de libros, como si algo se moviera debajo. Messi. Reapareció Messi. Tenía el tamaño de un insecto. Escapó de entre los libros dando un salto de pulga. Era indetenible. El Estatua emitió un soplido. Sonó mi celular. Escuché la voz de Frank Marcos.

Vi las imágenes que empezaron a transmitir desde afuera del estadio. ¿Los vieron?, ¿los vieron?, me estaba preguntando Frank Marcos. Los vimos, contesté. Los vio todo el mundo, dijo él. En la Plaza Catalunya se enfrentaban dos multitudes con todo tipo de armas letales. La avenida Diagonal era un paseo de cadáveres, hogueras, destrozos.

Vi a la policía y las fuerzas antidisturbios en acción. Tienen que salir de ahí ahora mismo, me dijo Frank Marcos. Pero no eran disturbios, no eran manifestaciones. Era una guerra. Dile al Estatua que se mueva, me dijo, nos vemos en el punto acordado. Barcelona, y tal vez toda España, y quién sabe si toda Europa, era un inmenso *Camp Nou*, en erupción: lava sangrienta y muchos, muchos gases lacrimógenos.

Vi al Estatua frente al televisor, inmóvil, más inmóvil que nunca, con la boca abierta. ¿Y Cristiano?, ¿qué hacemos con CR7?, le pregunté a Frank Marcos, pero él ya me había colgado.

Cristiano Ronaldo estaba despierto. Miraba atónito las paredes del cuartico que había sido su celda. El bulto, ahora sin rostro visible, se erguía junto a su cuello. Parecía dormido.

Al verme entrar, Cristiano Ronaldo abrió la boca. Lo callé con un gesto antes de que dijera nada. No quería escuchar una sola palabra suya, y tampoco hubiera podido entenderla aunque quisiera. De afuera venía una bulla infernal.

Le mostré al futbolista un pasamontañas negro. —Será mejor que te pongas esto antes de salir —le dije—. La cosa está en candela.

**A.R. Ammons**  
(Whiteville, 1926–Ithaca, 2001)

Traducción: Urayoán Noel  
(San Juan, 1976)

## **Basura**

2

la basura tiene que ser el poema de nuestro tiempo porque  
la basura es espiritual, suficientemente verosímil

para llamar nuestra atención, metiéndose en el medio,  
amontonándose, apestando, volviendo los libros marrones y

de un color blanco cremoso: qué otra cosa nos desvía de los  
errores de nuestro ilusorio proceder, no la tentación

de un vivir sin basura, eso está muy lejos, y  
es, en todo caso, inimaginable, idealista: soy un

perforador o taponador de agujeros: mete un dedo  
en el dizque (*dique*, coño, doña), detén el flujo

de la creatividad crecida, lo venidero, futurista,  
los orígenes alimentando basura: allá por la ruta I-95 en

Florida donde la planicie es océano y pantano del golfo,  
montones de desechos que se elevan (pues si excavaras

algo para hacer espacio donde meter otra cosa,  
qué harías con lo excavado, como en el caso de las tumbas:)

los camiones de basura se arrastran como en reverencia,  
como si trepan zigurats hacia las alturas que las

gaviotas y la basura mantienen vivas, ofrendas a los dioses  
de la basura, del castigo divino, de la expectativa

realista, las deidades de las desagradables  
necesidades: jóvenes lombrices refinadas que,

ahogadas en charcos de macadán por las lluvias primaverales, quedan  
blancas de humedad después de día y pico, manchas redondas,

parecen esputo o frías almejas cremosísimas y  
abiertas: si este no es el mejor poema del

siglo, será que pueda ser casi el peor poema del  
siglo: viene, por lo menos, hacia el final,

de forma que una larga traza de porquerías puede crecer  
bajo su medida: pero allá en las alturas

una leve humareda arrastra la recompensa de sacrificios  
día y noche para pintar el cielo en capas de marrón, encerrándonos

como en una tetera con tapa, la llama que  
estos acres de cuidado mantienen siempre viva: una

ofrenda gratuita de una silla plástica coja:  
un uniforme deportivo que ya no hace juego: un estampado

de estornino con manchas de jalea: cómo escribir este  
poema, acaso debe ser corto, una pequeña explosión de

dúplex, o largo, cazando lejos, llegando tarde  
a la casa, perdiendo el rastro y recuperándolo:

acaso debe representarse a sí mismo, ilustraciones,  
ejemplos, colores, ropa o intensificarse

reductivamente y volverse enunciado, huesos  
a los que les cabría cualquier corpus, o debe ser nada

de nada a menos que se halle a sí mismo: el poema,  
que es sobre la idea presocrática del

eje dispositivo entre la piedra y el viento, el viento  
y la piedra (con mis elaboraciones, de haberlas)

está completo antes de comenzar, por ende no tengo  
que apurarme hacia la brevedad, aunque un lector agotado

puede que pronto se rinda: el eje quedará lo suficientemente  
claro embadurnado aquí y allá con su poquito de tinta

o refinado hasta llegar a cada sombra y forma de su  
revelación: este es un poema científico,

que afirma que la naturaleza modela valores, que nosotros  
poco hemos inventado (copiado), reflejos de

posibilidades ya aquí presentes, este de donde vinimos  
y cómo vinimos: un director sacerdotal detrás de

los negros aspavientos del *bulldozer* inclina las pizcas recogidas y  
lee a los pájaros, millones de eremitas circundando

una altura común, posándose en las manchas jugosas  
y los bollos rechonchos (¿sus frailecillos?): hay un montículo,

también, en la mente del poeta adonde acarrear  
e incineran al lenguaje muerto, la energía mantenida y

moldeada en nuevas vueltas y racimos, la mente  
fortalecida por lo que ella fortalece: pues

dónde sino en el mismo culo del bajón está  
la redención: igual que es solo bien abajo, solo

en el dolor del fracaso, la pérdida, el error que  
discernimos las salvajes aflicciones que nos hacen dar vuelta:

dónde sino en los arreglos por los que el amor nos  
arrastra, sin que quede nada sin humillar en nuestro

auto-alarde, es que encontramos la dulce semilla de  
nuevas rutas: pero somos naturales: la naturaleza, no

nosotros, nos dio lugar: aunque naturales, no estamos,  
no obstante, divorciados de configuraciones más elevadas y finas:

tejidos y hologramas de energía circulan por  
nosotros y buscan y hallan representaciones de sí mismos

fuera de nosotros, de forma que podemos participar en  
grandes celebraciones y conocer ámbitos del sentimiento

y la vista y el pensamiento que penetran (de verdad  
penetran) lejos, mucho más allá de estas nuestras células mojadas,

subiendo por nuestros pisos de historias, los planetas, lunas,  
y otros cuerpos a nivel local hasta el otro lado del

polo donde las formas de la materia se dispersan y  
la energía pierde todo medio de expresarse excepto

como espíritu, allí, oh, sí, en el perdurar donde  
la mente es lo único que perdura, lo eterno,

hasta que se convierte en otra pera o pez luna,  
ese destello momentáneo en el ojo del pez ha

estado ahí tanto tiempo, yendo y viniendo, que es el  
destello de la eternidad: todo se envuelve de nuevo,

entrando y saliendo de forma, palpable e impalpable,  
y en una fase, la del dolor y el amor,

conocemos al otro, donde la eternidad viene a  
bambolearse, santa y buena: el cielo que preferimos,

no obstante, es este infierno trasero apocilgado de carbón,  
el culo sobrecogedor del cielo: uno tiene que escribir y

reescribir hasta escribirlo certero: si estoy en  
la onda, dijo ella, entonces estoy dominando: qué

jodida forma de hablar es esa: no puedo creer  
que soy meramente una persona mayor: cuya madre está muerta,

cuyo padre no está y muchos de cuyos  
amigos y asociados se han ido desplazando al

suelo, que es solo viento fuerte, o a las cenizas,  
una brisa más suave: pero todo francamente

era de esperarse y no de añorarse: hasta  
los antiguos árboles, me acuerdo de algunos, donde

quedaban: fotografías tomadas junto a algunos de ellos:  
y perros viejos, especialmente uno imperial y negro,

perros guía con sus jerarquías (otro A.R.)  
uno sucediendo al otro, el ladrar y el corretear

desprendiéndose como diapositivas de un proyector: qué  
eran ellos entonces que son lo que son ahora:

ПОЧТА СССР

## Garbage

2

garbage has to be the poem of our time because/  
 garbage is spiritual, believable enough// to get our  
 attention, getting in the way, piling/ up, stinking,  
 turning brooks brownish and// creamy white: what  
 else deflects us from the/ errors of our illusionary ways,  
 not a temptation// to trashlessness, that is too far off,  
 and,/ anyway, unimaginable, unrealistic: I'm a// hole  
 puncher or hole plugger: stick a finger/ in the dame  
 (dam, damn, dike), hold back the issue// of creativity's  
 flood, the forthcoming, futuristic,/ the origins feeding  
 trash: down by I-95 in// Florida where flatland's  
 ocean- and gulf-flat,/ mounds of disposal rise (for if  
 you dug// something up to make room for something  
 to put/ in, what about the something dug up, as with  
 graves:// the garbage trucks crawl as if in obeisance,/  
 as if up ziggurats toward the high places gulls// and  
 garbage keep alive, offerings to the gods/ of garbage,  
 of retribution, of realistic// expectation, the deities of  
 unpleasant/ necessities: refined, young earthworms,//  
 drowned up in macadam pools by spring rains, moisten/  
 out white in a day or so and, round spots,// look like  
 sputum or creamy-rich, broken-up cold/ clams: if this  
 is not the best poem of the// century, can it be about the  
 worst poem of the/ century: it comes, at least, toward  
 the end,// so a long tracing of bad stuff can swell/ under  
 its measure: but there on the heights// a small smoke  
 wafts the sacrificial bounty/ day and night to layer  
 the sky brown, shut us// in as into a lidded kettle, the  
 everlasting/ flame these acres-deep of tendance keep:  
 a// free offering of a crippled plastic chair:/ a played-  
 out sports outfit: a hill-myna// print stained with jelly:  
 how to write this/ poem, should it be short, a small  
 popping of// duplexes, or long, hunting wide, coming  
 home/ late, losing the trail and recovering it:// should  
 it act itself out, illustrations,/ examples, colors, clothes  
 or intensify// reductively into statement, bones any  
 corpus/ would do to surround, or should it be nothing//  
 at all unless it finds itself: the poem,/ which is about  
 the pre-socratic idea of the// dispositional axis from  
 stone to wind, wind/ to stone (with my elaborations,  
 if any)// is complete before it begins, so I needn't/  
 myself hurry into brevity, though a weary reader//  
 might briefly be done: the axis will be clear/ enough  
 daubed here and there with a little ink// or fined out  
 into every shade and form of its/ revelation: this is a  
 scientific poem,// asserting that nature models values,  
 that we/ have invented little (copied), reflections of//  
 possibilities already here, this where we came/ to and

how we came: a priestly director behind the// black-  
 chuffing dozer leans the gleanings and/ reads the birds,  
 millions of loners circling// a common height, alighting  
 to the meaty steaks/ and puffy muffins (puffins?): there  
 is a mound// too, in the poet's mind dead language is  
 hauled/ off to and burned down on, the energy held  
 and// shaped into new turns and clusters, the mind/  
 strengthened by what it strengthens for// where but in  
 the very asshole of come-down is/ redemption: as where  
 but brought low, where// but in the grief of failure,  
 loss, error do we/ discern the savage afflictions that  
 turn us around:// where but in the arrangements love  
 crawls us/ through, not a thing left in our self-display//  
 unhumiliated, do we find the sweet seed of/ new routes:  
 but we are natural: nature, not// we, gave rise to us: we  
 are not, though, though/ natural, divorced from higher,  
 finer configurations:// tissues and holograms and  
 energy circulate in/ us and seek and find representations  
 of themselves// outside us, so that we can participate  
 in/ celebrations high and know reaches of feeling// and  
 sight and thought that penetrate (really/ penetrate) far,  
 far beyond these our wet cells,// right on up past our  
 stories, the planets, moons,/ and other bodies locally to  
 the other end of// the pole where matter's forms diffuse  
 and/ energy loses all means to express itself except//  
 as spirit, there, oh, yes, in the abiding where/ mind but  
 nothing else abides, the eternal,// until it turns into  
 another pear or sunfish,/ that momentary glint in the  
 fisheye having// been there so long, coming and going,  
 it's/ eternity's glint: it all wraps back round,// into and  
 out of form, palpable and impalpable,/ and in one phase,  
 the one of grief and love,// we know the other, where  
 everlastingness comes to/ sway, okay and smooth: the  
 heaven we mostly// want, though, is this jet-hoveled  
 hell back,/ heaven's daunting asshole: one must write  
 and// rewrite till one writes it right: if I'm in/ touch,  
 she said, then I've got an edge: what// the hell kind of  
 talk is that: I can't believe/ I'm merely an old person:  
 whose mother is dead,// whose father is gone and  
 many of whose/ friends and associates have wended  
 away to the// ground, which is only heavy wind, or to  
 ashes,/ a lighter breeze: but it was all quite frankly//  
 to be expected and not looked forward to: even/ old  
 trees, I remember some of them, where they// used to  
 stand: pictures taken by some of them:/ and old dogs,  
 specially one imperial black one,// quad dogs with their  
 hierarchies (another archie)/ one succeeding another,  
 the barking and romping// sliding away like slides from  
 a projector: what/ were they then that are what they are  
 now:

## Sergio García Zamora (Esperanza, 1986)

### Pensando en los peces de colores

Antes de que llegase mi turno en la cola, un pez dio su coletazo. A través de la vidriera, en la sección de productos cárnicos, un pez rojo dio su coletazo. Me pregunté: ¿Qué hace un pez rojo coleando entre la carne roja? ¿Qué hace un pez rojo en una tienda de moneda convertible? ¿Qué hace un pez rojo afuera de un cuadro de Henri Matisse? Los dos respirábamos aire artificial climatizado, los dos esperábamos nuestra sola ocasión para manifestarnos. Cuando revisaron mi compra a la salida, el pez me seguía de lejos como un signo.

En un banco del centro, mientras cobraba un pago mercenario por lecturas mercenarias, tres peces gravitaron sobre la cabeza de la empleada. Tres peces verdes me miraban de perfil y yo los miraba también de perfil, con el hieratismo del antiguo arte egipcio, hasta que la mujer pidió mi atención y terminó de contar el dinero. Entonces pensé que nada significan tres peces verdes ni tres peces tristes ni tres tristes pesos, como nada significan los ojos ultramarinos de la empleada.

Cuando nos tendimos en la cama a conversar sobre nuestra vida a espaldas de nuestra vida, a conversar sobre ciertos proyectos que no exceden lo esencial humano: domicilio propio y reproducción, por ejemplo, vi dos peces nadar en el techo. Nadaban sobre nosotros libre, descuidada, impunemente.

Uno era dorado y el otro azul, con el dorado y el azul de los pintores bizantinos, con el dorado y el azul de Fray Angélico al pintar *La Anunciación*. Deberíamos dar cal, te dije. Y volvimos a sonreír.

### Contribución a la economía política

Poner la mano que escribe bajo una prensa de tabaquería y hacer girar el tornillo para disciplinar la mano; la mano sin nervadura que ya fue escogida entre mil manos, que ya fue torcida por mil manos, que ya fue cortada con una chaveta. Poner la mano, el dedo sin anillo matrimonial que tendrá su anillo de papel cromado; la mano en una caja de cedro para que los dedos no pierdan el aroma. Poner la mano; la plácida incineración de esa mano en la terraza de un hotel, mientras se conversa en calma y en alemán.

Colgar los ojos, enrojecidos por *el mucho leer y el poco dormir*; los ojos que han visto desnudarse adolescentes a la sombra de un cafetal. Colgar los ojos sanguinolentos a la intemperie y a la altura, entre los granos de café maduros; los ojos maduros de mirar. Colgar los ojos; los ojos que serán recogidos en cestas por becarios, echados en sacos por becarios, contados en cientos por un militar.

Disimular el cuerpo en un plantón de caña y esperar el tajo; esperar al muchacho con su mocha o su machete; esperar la aliteración, la onomatopeya del muchacho con su mocha y su machete al dar un chasquido. Disimular el cuerpo en un plantón, donde eres caña entre mil cañas por quemar. Disimular el cuerpo y esperar el tajo; tomar de ti únicamente lo provechoso: el cuerpo sin cogollo, el cuerpo dulcísimo, el millonario cuerpo del azúcar, hasta que acabe la crisis o te vuelvan a engañar.

## Haciendo zafra

Deconstruir el poema como se desmonta un central azucarero: pieza por pieza, incluso el techo. Cada hombre roba al poema lo que puede. Me encontré con Agustín, por ejemplo: «Hay un violento olor de azúcar en el aire». Si me preguntan, diré que la ausencia de ese olor es lo violento; si me preguntan, diré que ese vacío en el aire es justamente lo violento. Ahora que no chirrían, chirrían con más fuerza las carretas.

Reconstruir el poema como se recuerda un central azucarero: torre de lejanía, pitazo contra el cielo. Cada hombre entrega al poema lo que puede. Me encontré con Martí: «De la tierra, y de lo más escondido y hondo de ella, lo recogeremos todo, y lo pondremos donde se le conozca y reverencie; porque es sagrado, sea cosa o persona, cuanto recuerda a un país». De la tierra lo he recogido todo: rueda descomunal, monstruosos engranajes, poleas que sirvieron una zafra y otra, una vida y otra. Si me preguntan, diré que ciertas cosas y personas han pasado al poema como forma más segura (por el momento) de saber quiénes somos.

## Descubrimiento & colonización

El alma trabaja para ti como un indio de encomienda, sin alimento casi, sin más educación. De ciertos bares te ha sacado en vilo, procurando no perderte ni perderse; de ciertos hoteles en medio de la crisis. Mientras otros prueban a ser cortados por el meridiano de Greenwich, por la línea del Ecuador, el alma discurre como la palabra *canoas* sobre el agua primera del idioma. A veces se subleva contra ti, se subleva como un

veguero por el estanco, obligada a no comerciar con otro, a no ser el alma de otro. Llena sus páginas en la sobrevida, guarda sus hojas de tabaco. El alma que pacificas como se pacifica un país; la reconcentración del alma en las ciudades. Vas a reconocerla en la foto del niño distrófico, casi espectral, encima de una silla. La probidad del alma dispuesta a tragar su lengua antes que seguir adelante con esta humillación.

# Daniel Díaz Mantilla **Malas noticias**

(La Habana, 1970)



1

Malas noticias te llegan  
 cada vez con más frecuencia,  
 cada vez desde más cerca,  
 anunciando (vagamente todavía).  
 Azocado intentas serenarte,  
 disfrazas la inquietud con la costumbre  
 de mirar a otro sitio.  
 Pero estos lánguidos días de invierno,  
 calurosos como nunca,  
 no pueden ser –supones– tan eternos,  
 y en voz baja, temeroso como quien delinque,  
 comentas el diario acontecer.

2

Hay quien aprendió a vivir de su disgusto  
 y quien vive del disgusto ajeno, mezquindades  
 cuyo inventario llenaría bibliotecas  
 son el combustible del presente:  
 los déspotas se dicen víctimas,  
 los cobardes se suponen muy valientes,  
 pero más terrible es –me digo– que se cante  
 en celebración de los abyectos.  
 Y en estos días se canta  
 con júbilos forzados, sin fracturas,  
 mientras embriagada en su alboroto  
 apalea la turba a alguien:  
 no lo conocen  
 y a derechas no sabrían decir cuál es su culpa,  
 pero lo ofenden y le pegan con saña.  
 Un gran coro repite en las pantallas  
 las razones del odio y, satisfechos,  
 los abyectos regresan del combate  
 tan brutales y alegres como niños.  
 Sí, hay algo liberador en eso de golpear  
 con el beneplácito de todos, hay algo  
 que se libera en el ultraje.

## Revoluciones

Cuando llegué  
la revolución estaba en casa.  
La multitud entraba por las ventanas  
con sus himnos, sus gritos, sus alarmas de combate.  
Cada rincón, cada sueño expresable  
eran propiedad colectiva.

Solo en el cuarto de abuela había calma,  
solo allí, ocultos de la vista, mudos  
en un anaquel del closet, los santos meditaban.  
Podía oírse aún a Dios en el silencio de abuela,  
podías verlo en sus ojos  
ante la foto de Lenin que había en la sala.

El día que abuela murió,  
papá puso sus santos en una bolsa de nylon  
y los tiró discretamente a la basura.  
Años después hizo lo mismo con la foto de Lenin.  
Eran los años noventa.  
Lo recuerdo flaco y barbudo,  
estrujando la imagen con rabia.

En el lugar de Lenin  
hay ahora una foto de Arizona  
y papá protesta oprimiendo los controles  
de un nuevo aparato que, inexplicablemente,  
dejó de funcionar.

## Crítica literaria

Con qué mano deshuesada tejes —añorando  
perdurar— tus sucedáneos flácidos, con qué voz  
dócil profieres esos vacíos remedos que nacen  
en cuál oscura convexidad de tu vientre,  
a través de qué amargo manantial brota  
el agua pesarosa de la pasión y el riesgo escamoteados  
al texto —a la vida—; reprimido en el fondo  
de tu pozo —de tu pecho—, además

de veneno y ambición, qué incubas  
que merezca ser oído.

## LadRAR y olvidar

Cuando eres un barco en la tormenta  
tienes que hacerte uno con la ola,  
dejarte arrastrar y arrastrar  
todo a tu paso.  
Los caminos de la vida no son  
como tú pensabas.

Cuando estás entre perros rabiosos  
tienes que echar espumarajos,  
morder a cuantos puedas y ladRAR  
más que los otros.  
Porque los caminos de la vida...

Y si un día te da por cantar  
mira bien que nadie aplauda,  
porque es mejor olvidar el estribillo  
que vivir repitiendo.

## Raúl Flores Iriarte (Habana, 1977)

### Acude a la silla eléctrica

Este chico se la pasaba todo el tiempo conectado a internet. Compartíamos temporalmente la misma habitación y la misma computadora, pero él se pasaba la mayor parte del tiempo conversando con su novia por Skype, mientras que yo hacía como que miraba televisión o intentaba leer un poco.

También aprovechaba para salir a caminar por la ciudad y observar las diferentes siluetas que un mismo sitio le puede ofrecer a un extranjero. Veía los amaneceres paseando de Oxxo en Oxxo, buscando la mejor opción para un desayuno barato. Caminaba temblando por el frío del altiplano, y absorbía todas las variantes, todos los modismos, las formas distintas de ver el mundo. Por las tardes llovía, y podía estar lloviendo hasta la madrugada. La lluvia traía más frío y me hacía sentir nostalgia de mi casa, de mi chica, de mi país.

Al regresar de mis paseos, me encontraba a mi compañero de habitación todavía conectado a internet, hablando con su novia por Skype. En algún momento habíamos sido presentados (su novia y yo, quiero decir, igualmente por Skype) así que no éramos extraños totales. Era una relación un tanto enigmática, sentir la presencia virtual de una persona en medio de su ausencia corporal.

Y todo era amor entre ellos. Se querían con locura. Se lo decían el uno al otro de muchas y disímiles maneras. Tanto, que solo se respiraba amor en el aire de nuestra habitación. Lo transpiraban las butacas, las sillas, las sábanas de la cama. Cuando abrías el refrigerador, te salía al paso una bocanada gélida de amor. Entrabas al baño y salía amor por los poros de la ducha. Tomabas el teléfono y la

operadora te hablaba con un dulce tono amoroso al oído. Todas las películas que pasaban por la tele eran comedias románticas o dramas donde una pareja languidecía de amor y el chico le decía a su chica cuanto la quería y que daría su vida por ella si fuera preciso, y al final de la película de veras daba su vida por ella, y ella lloraba por él, y juraba no querer a nadie más; y afuera la lluvia caía, y adentro yo me aburría a mares.

Mi amigo me decía antes de dormir cuánto quería a su novia, y yo le decía cuánto quería a la mía, y después él iba y contaba, Skype mediante, todo lo que le había sucedido en el día y cuánto se querían y qué contentos y dichosos serían siempre, durante el resto de sus vidas.

Felicidad suprema.

Un día llegué de caminar y encontré la habitación vacía. Afuera caía la persistente llovizna que caracterizaba estos tiempos húmedos que nos había tocado vivir, y adentro estaba mi sola presencia para llenar el local. Abrí la llave del grifo para lavarme las manos y salió agua normal, H<sub>2</sub>O.

Nada de amor.

Prendí la televisión y estaba una película de terror con Kate Hudson.

Bendición suprema.

Aproveché para sentarme a la computadora y escribirle un correo a mi novia, pero apenas abrí la bandeja del Gmail, se iluminó el icono del Skype y apareció la silueta de la chica de mi compañero de cuarto.

Me miraba en silencio, como si evaluara la necesidad de dirigirme la palabra. Kilómetros de silencio entre ella y yo, nada de amor.

Hola, le dije que mi compañero no estaba ahora en la habitación. Habrá salido un momento.

Ella asintió.

Lo sé, dijo. Pero igual quería hablar contigo, no con él.

Una vez más el silencio incómodo.

Minutos de silencio.

Años.

Siglos en los cuales la llovizna caía con suave susurro sobre la ciudad, sobre los portales de las casas, sobre los balcones desocupados.

Quiero decirle que no puedo más, dijo ella finalmente. No soporto más esta situación.

¿Que situación?, le pregunté.

El Skype retardaba sus movimientos, sus gestos me llegaban con el mismo temblor espasmódico de algunas películas silentes. Supuse que yo también me vería de la misma manera para ella.

Un muñeco silente.

Una marioneta digital.

Entonces ella me explicó que no deseaba nada más con él. Quería cortar su relación y así sería mejor, mientras él estaba lejos. Llevaba años pensándolo y justo ahora se decidía.

Será mejor para los dos, agregó. Él podrá encontrar a alguien que realmente lo quiera, y yo a lo mejor encuentro al hombre de mi vida.

¿Él no es el hombre de tu vida?, le pregunté y ella dijo que no, no lo era y nunca lo sería. Hasta allí habían llegado las cosas.

Pero no quiero decírselo yo, murmuró ella. Quiero que se lo digas tú, de parte mía.

¿Por qué?

No tengo ánimo, explicó. Está tan feliz que no sé cómo enfrentarlo. No me gusta dar malas noticias.

¿Qué te hace pensar que a mí sí me gusta dar malas noticias? No tengo la menor idea de cómo decir ese tipo de cosas.

Ella se encogió de hombros.

Díselo como te parezca. Pero díselo ya.

Otra vez nos volvimos a quedar en silencio. Con los sonidos de la lluvia que caía.

No quiero, murmuré.

¿No quieres qué?

(Ser marioneta digital, muñeco silente, extranjero en mi propia patria, destrozar vidas ajenas, sentarme en la silla eléctrica)

No quiero decirle nada.

Por favor, pidió ella, y me miró, si es que se puede usar ese verbo cuando unos ojos digitales

fijan sus pupilas en tus ojos reales que, a la vez, también resultan ser digitales. Vi algo en esos ojos, no sabría explicar qué con certeza, y entonces le dije que estaba bien.

Se lo diré yo.

Gracias, susurró, y cortó la comunicación.

Dejé a medias el correo para mi chica y salí a caminar otro rato. Había terminado de llover y la avenida Reforma se veía brillante y luminosa; los vendedores anunciaban sus productos y yo me dejé llevar por la multitud. Entré a varias tiendas sin buscar nada en particular. Miré al cielo y vi un águila pasar entre las nubes. Busqué algo de comer y el camarero me dijo algo que no entendí, pero cuando trajo la comida estaba bien, sabía rara.

Horas más tarde, regresé a la habitación. Allí estaba otra vez mi compañero, hablando con su chica por Skype.

Muy cariñosos, los dos.

Fui a lavarme las manos y, en vez de agua, había amor goteando por el grifo de la ducha. Fui a tomar un 7 Up del refrigerador y, cuando abrí la lata, salieron burbujas de amor del líquido frío. Cuando prendí la televisión, estaban dando una película con Cameron Díaz: una de esas comedias tan románticas que llegan a dar deseos de vomitar.

Decidí que no podría aguantar mucho más aquella situación.

Oye, ¿te falta mucho?, le pregunté. Es que tengo algo que decirte.

## **Sandra Santana** (Madrid, 1978)

**Hijos que somos de ulises, aquel orgulloso de poder batir a cualquiera segando trigo con una buena hoz en un largo día sin comer desde el alba hasta el crepúsculo**

Existía un lugar en el que podían verse cruzar con insistencia las direcciones de un pájaro (en el cielo), un tren (atravesando la vías, bajo el puente) y un coche (por la carretera situada al frente). Sentía cierto alivio al avanzar por aquel camino mientras cada elemento, después de coincidir alargando al infinito un brevísimo instante, continuaba su rumbo y la abandonaba, con la intuición de que en cualquier momento aquel encuentro podía volver a producirse.

**Las niñas correteaban libremente sobre el papel persiguiendo al cisne medio desplumado y admirando la luz sobre la hierba cuando un ramalazo de viento las envolvió de pronto y se las llevó en volandas**

*Es que es impresionante, Fedro, lo que pasa con la escritura.*

Platón

Uno y tres. La idea, la cosa y lo que no es la cosa, pero se le parece. O no se le parece, pero nos lleva de modo vertiginoso hasta ella. Ya lo dijo Kosuth: silla. Ya lo dijo Shakespeare: de esa madera están hechos nuestros muebles, de la intangible.

Los signos abren el papel como se abre la boca en el rostro. ¿Pero qué es lo que sale por esa cavidad oscura? Una hormiga, una medusa, un cactus y hasta el agua podrida del grifo. Un continuo coro de sonidos sin centro, una enorme muestra zoológica atravesando el tracto único de la garganta y apoderándose secuencialmente de la voz.

**La palabra corazón pasa por tu boca como un potrillo hambriento, como una gran soledad, como una gran venganza, como una gran vergüenza irreparable**

Y de nuevo, ¿acaso no era aquella mirada idéntica a esta con la que años después atrapa el pastel con firmeza mientras se humedece los dedos? Nuestro repertorio de gestos no es infinito, en ocasiones dos sonrisas iguales unen estancias lejanas de modo inconveniente. En resumidas cuentas, ¿no satisfacían ahora, al acercarse la mano a la boca, el hambre de otro postre?

## José Ramón Sánchez (Guantánamo, 1972)

### Accidentes

Se caen los aviones,  
 naufragan los barcos,  
 chocan los autos,  
 explotan las refinерías  
 y las plataformas petroleras,  
 se descarrilan los trenes,  
 los niños toman veneno,  
 o se queman,  
 o son asfixiados por los padres en la cama,  
 se escapan los tiros,  
 se equivocan los cirujanos,  
 se incendian los bosques.

Miles de accidentes o descuidos,  
 o como quiera llamárseles,  
 y en cambio a los Hacedores de Fiesta  
 que nadie ha solicitado  
 no les ocurre nada,  
 el universo puede colapsar  
 que ellos seguirán en lo suyo  
 hasta el último instante,  
 y si algo malo les ocurriera,  
 no importaría mucho:  
 enseguida reparan el daño,  
 y que siga la Fiesta,  
 licuándole el cerebro  
 a todos los que escuchan  
 a 500 metros a la redonda,  
 a una vida entera de distancia.

Como los accidentes no vienen a nuestro auxilio,  
 o son insuficientes, porque la per cápita  
 de fiesteros y equipos musicales  
 debe ser infinita,  
 solo queda llamar a la policía. “Ordene”  
 te dirá la voz del 106, y tú todavía dudarás  
 en hacer la denuncia: si la haces,  
 los fiesteros pueden vengarse  
 haciendo más fiesta, si no la haces,  
 te demostrarás a ti mismo, una vez más,  
 lo cobarde, o fiestero reprimido que eres.

Me gustaría meter a todos los fiesteros del mundo  
 en una habitación completamente silenciosa,  
 donde no puedan escuchar ni siquiera sus voces,  
 ni siquiera el recuerdo de sus canciones favoritas,  
 y esperar un poco, y abrir la habitación,  
 y si queda alguno todavía retorciéndose  
 en el mutismo,  
 volver a cerrarla, hasta que todos estén muertos  
 de aburrimiento.

### Carnaval

Este año el Carnaval ha sido más aburrido que nunca:  
 poca cerveza, poca comida, poco escándalo,  
 incluso pocos heridos y muertos.  
 (Dice el capitán Teruncio que ninguno.  
 Que son chismes mal intencionados  
 de los enemigos de la República).  
 Los mismos “paseos”, “carrozas”,  
 “reservados” y “ofertas” de siempre.  
 Lo único notable era un toro mecánico  
 que por cinco pesos arrojaba a la gente  
 sobre un montón de pajas de maíz.  
 Al que aguantara un minuto le devolvían el dinero.  
 Al que aguante un minuto esta fiesta  
 deberían regalarle dinero, y un pasaje

para irse bien lejos. Las haraganas lluvias  
cada tarde disipan el hedor de las calles.  
Ojalá el Carnaval se disipe con ellas.  
Y todas sus variantes de municipio.

## **¿Qué celebran, su pobreza o su idiotez?**

Los vecinos han vuelto a expresar su alegría  
con música que le parte los oídos a cualquiera.  
(Menos a ellos que tienen los oídos de corcho).  
Una música tan alta, que a cien metros  
del foco que la emite no puede conversarse  
y estremece la atmósfera con latidos  
que parecen bombazos de Al Qaeda.

Bombazos de música imposible  
que el enfermo, el anciano y el niño tienen que tragarse  
como se traga el condenado a muerte las descargas eléctricas.  
Un amasijo ramplón de idioteces que confunde  
el reguetón con la salsa y la salsa  
con la canción de amor de los latinos.

Y al que protesta o llama a la policía  
(que suele no hacer nada)  
lo tratan de chivato y lo amenazan.  
Tampoco les importa lo que dijo el Presidente:  
“No vamos a permitir música alta ni otras indisciplinas”.  
Pero eso es imposible: el cubano es alegre  
y su alegría es el escándalo.

No por gusto la primera preocupación de los misioneros  
es comprarse un DVD y un equipo de torturas musicales.

El ruido del infierno es el ruido  
que recorre el país todas las jornadas.

# Abel Fernández Larrea

## (La Habana, 1978)

### El mar de los lamentos

Adam Bronski tenía diez años cuando partió de Odessa con sus padres, destino al valle del Jordán. El barco atravesó en dos días el mar Negro, el de Mármara, el Egeo y el Mediterráneo oriental, hasta llegar al puerto de Acre, en Palestina. Durante la mayor parte del viaje el pequeño Adam pasó el tiempo contemplando la gran masa gris que, salvo al pasar los estrechos o las islas, era lo único que se veía alrededor. Adam nunca antes había visto el mar. Había nacido y crecido en un *shtetl* cerca de Chernovtsy, hasta que sus padres decidieron dejar el país ante la nueva oleada de pogromos que traía consigo la revolución bolchevique. Un abuelo y varios tíos de Adam habían muerto en pogromos anteriores, así que los Bronski decidieron probar fortuna en la “Eretz Yisrael”. El mar provocaba sensaciones encontradas en el pequeño Adam: por una parte, le parecía hermoso y vasto, con esas crestas como caballos blancos encabritándose y desapareciendo luego; por la otra, era como una inmensa pesadilla gris que le arrancaba el aliento. Ya sobre el muelle, Adam se detuvo a contemplarlo una vez más, y luego continuó mirando atrás a cada tanto, hasta perderse entre callejuelas estrechas de la mano de sus padres.

En ese tiempo aún había pocos judíos en Palestina, y la mayoría de estos vivían en las ciudades. En Acre, Adam y sus padres se hospedaron gracias a la ayuda de algunos miembros del movimiento sionista. Unos días después dejaron la ciudad para asentarse en un *kibbutz* cerca del mar de Galilea.

Adam estaba sentado sobre las piedras de la orilla, mirando las estelas blancas de sal que reflejaban, triplicándola, la luz del sol.

—¡Hola! —dijo una voz a sus espaldas. Adam se dio vuelta y vio ante sí un chico de su edad, muy moreno, que vestía de manera extraña.

—Hola.

—¿Cómo te llamas? —El chico sonreía amigablemente.

—Mi nombre es Adam Bronski.

—¡Qué nombre más raro! El mío es Yusuf ben Yusuf —dijo haciendo una reverencia.

—¡Tú nombre sí que es raro! —Dijo Adam sonriendo—. ¿De dónde vienes?

—Vivo cerca de aquí. Mis padres trabajan para unos judíos.

—¿Tú no eres judío?

—No —dijo Yusuf sin dejar de sonreír—. Somos cristianos.

Adam exclamó un “ah” con decepción. Los cristianos que había conocido hasta el momento no habían sido muy amigables. Sin embargo Yusuf se comportaba amablemente, sonriendo todo el tiempo con sus dientes blancos y perfectos.

—¿Sabes quién es Yishuah? —Dijo Yusuf luego de unos segundos.

—No lo conozco. ¿Vive cerca?

—¡No! —Exclamó Yusuf divertido—. ¡Yishuah alNazrí!

—¡Ah! ¿Quieres decir Yeshuah haNozri?

—¡Qué raro hablas! ¿De dónde vienes?

—De Chernovtsy —dijo Adam mirando otra vez las estelas blancas—. Más allá del mar.

La vida en el *kibbutz* era relativamente tranquila. Los años pasaban allí sin demasiada cuenta. El trabajo era duro, por el día el calor era insoportable. En las noches a veces hacía frío, pero los mosquitos no lo dejaban a uno siquiera respirar. Por suerte muchas veces se celebraban reuniones nocturnas con una gran fogata en medio del campamento, y allí se discutía sobre cualquier cosa, o se cantaba y el ambiente era festivo. Fue en una de esas reuniones donde Adam vio por primera vez a Rivka, en cuyos ojos grises se reflejaba el calor de las hogueras.

Rivka era una recién llegada al *kibbutz*. Junto con sus padres, había venido de Cracovia siendo aún pequeña, y tras varios años en el valle de Jezreel había llegado al mar de Galilea para unirse a la comunidad. Para esa época ya Adam había cumplido veinte años. Rivka tenía diecisiete, pero se comportaba de forma más madura que las de su edad. Adam la vio y sintió la profunda necesidad de acercarse, de decirle algo. Sin embargo, la timidez lo venció y se pasó el resto de la noche contemplándola de lejos. Cada vez que sus ojos coincidían con los de ella, él recordaba aquella sensación de la infancia de estar sobre un barco en mitad del infinito gris, e irremediamente bajaba la mirada.

Hasta que, días después, coincidieron en el comedor. Ella se sentó a su lado, él se puso tan nervioso que terminó por derramar una olla de sopa. A Rivka esto le causó mucha gracia, y sonrió. Sus dientes eran blancos y perfectamente alineados, como los de Yusuf. Pero solo en eso se parecía al pequeño árabe cristiano. Adam bajó la cabeza apenado. Se había vertido un poco de sopa encima y buscaba torpemente algo con qué sacudirse. Entonces Rivka le tomó las manos y depositó un pañuelo blanco.

—¿Alguna vez has disparado? —preguntó Rivka poniéndole un fusil en las manos.

—Nunca.

—Es sencillo —ella agarró otro fusil y llenó un cargador completo—. Espera a que te enseñe.

Rivka puso el cargador, luego introdujo una nueva bala en la recámara y empujó el cerrojo hacia delante. Lo hacía todo con firmeza, como si lo hubiera hecho muchas veces. Sin embargo, se tomaba su tiempo, mostrándole a Adam cuáles eran los pasos a seguir. Afincó la culata bajo el hombro, se acercó el cerrojo a la mejilla y esperó unos segundos mientras alineaba el alza con el punto. El índice apretó el gatillo. En la distancia una botella quedó sin gollete.

—Prueba tú ahora.

Adam miró el fusil.

—¿Es realmente necesario?

Rivka lo miró seria. Los ojos tenían un brillo tenebroso. Adam sostenía el fusil con desgano. Ella abrió el cerrojo del suyo, dejando salir el casquillo. Volvió a empujar el cerrojo y descansó el fusil sobre el suelo.

—¿No defenderás tu tierra si el árabe intenta quitártela?

Rivka lo acompañó hasta el portón, con la pequeña Mirta en brazos. A su lado revoloteaban Miriam y Yeshuah. Adam miró atrás, al *kibbutz*, las casas perfectamente dispuestas, los campos sembrados, las largas alambradas. Antes, cuando era pequeño, no había alambradas. Ahora toda la tierra estaba llena de ellas, de divisiones, de torres de vigilancia. Ahora justo que tenían tierra, que el país era suyo, un nuevo país. Y ahora él, Adam, dejaba su *kibbutz* por primera vez, con un fusil al hombro. Pero Rivka se lo había dicho años atrás, cuando eran novios. Hacía falta defender la tierra si el árabe intentaba arrebatarla. Y ahora sirios, libaneses, egipcios, iraquíes y jordanos intentaban arrebatarle la tierra, esa donde su pueblo había hecho crecer cultivos, donde ahora también crecían alambradas.

Se despidió de los chicos. Yeshuah casi le llegaba a la altura del pecho. Miriam comenzó a llorar, contagiando a los otros. Adam los abrazó fuerte, luego miró a Rivka a los ojos. Ella esbozó una sonrisa. Los días siguientes, mientras lanzaba cócteles molotov contra los tanques sirios, o disparaba contra la milicia árabe, solo pensaría en los ojos de Rivka, grises y avasalladores, y en su sonrisa blanca como estelas de sal.

—¿Eres cristiano?

—No.

—¿Y entonces por qué tus hijos tienen esos nombres?

—Son nombres hebreos.

—Lo sé, pero ya nadie los usa, solo los cristianos y los árabes.

Adam guardó las fotografías. Se puso de pie y miró a lo lejos. El cielo era gris plomizo, pero en la distancia un incendio teñía de rojo el horizonte.

—Pronto me nacerá otro hijo.

—¿Cómo piensas llamarlo?

—Yochanan. Ese nombre aún se usa ¿No es cierto?

—Sí, es cierto. ¿Y cómo sabes que será niño?

—Lo sé.

El cuerpo de Rivka estaba dispuesto sobre la cama. Todas las mujeres del *kibbutz* estaban alrededor de ella. La habían lavado, vestido y arreglado, de modo que solo parecía dormir. Adam miró sus párpados y sus labios cerrados. De repente tuvo el deseo de correr a abrírseles, de ver por última vez el gris profundo, el blanco de la sal. Pero se contuvo. En lugar de eso decidió dejar la habitación.

Los chicos estaban fuera. No los dejaban pasar aún a ver a la madre. Incluso Yochanan, el recién nacido, descansaba en una cuna pequeña situada en el comedor. Adam se acercó a mirarlo, tenía el mismo gris, el mismo fulgor marino en los ojos. Adam lo agarró entre los brazos, sin poder quitarle la vista de encima. Se le acercaron los otros. Mirta sonreía con ligereza, Miriam se acercó y abrazó al padre. Solo Yeshuah se quedó aparte, mirándolo fijamente. Pero sus ojos eran comunes, marrones como los de Adam. De hecho, Yeshuah se parecía mucho a Adam de pequeño, aunque más moreno, por el sol. Adam salió al porche, llevando a Yochanan en brazos. Yeshuah lo siguió, se paró frente a él sin quitarle la vista de encima. Pero Adam no lo miraba. Estaba absorto en Yochanan, en el brillo gris. Entonces pasó un Avia de la fuerza aérea. Yeshuah movió la cabeza y se quedó mirando la estela blanca que duraba en el cielo unos segundos.

—¿Sabes quién es Yishuah?

—No lo conozco, ¿vive cerca?

—¡No! ¡Yishuah alNazrí!

—¡Ah! ¿Quieres decir Yeshuah haNozri?

—¡Qué raro hablas! ¿De dónde vienes?

—De Chernovtsy. Más allá del mar.

Adam se quedó un rato con la vista fija en las estelas de sal.

—Él caminó sobre ese mar —lo interrumpió Yusuf.

—¿Él? ¿Quién?

—Él. Yishuah alNazrí. Yeshuah haNozri, como tú le llamas —Yusuf se sentó también sobre las piedras, no demasiado cerca.

—¡Imposible! —Exclamó Adam—. ¿Cómo alguien va a caminar sobre el agua?

—Él lo hizo.

Los dos chicos se quedaron en silencio. Yusuf sonreía, como si la vida fuera solo sonreír. Adam miraba incrédulo al mar. “Yeshuah haNozri, Yeshuah haNozri”, repitió en voz baja.

“Yeshuah haNozri”, repetía Adam en sueños. Miriam se acercó a la cama. Adam abrió los ojos. Observó a Miriam un instante, regulando la luz. Al darse cuenta de que era solo Miriam se dio la vuelta y volvió a cerrar los ojos. La hija lo agarró por los hombros y lo zarandeó suavemente.

—¡Papá! ¡Despierta, papá! ¡Es Yom Kippur! ¡Despierta!

—¿Yom Kippur? —Masculló Adam sin abrir los ojos—. ¿Y a mí qué con eso?

—¡Que viene tu hijo Yeshuah! ¡La Fuerza Aérea le dio permiso!

Adam ni siquiera contestó. Miriam se alejó hacia la puerta, pero antes de salir de la habitación se volvió un instante.

—También viene Yochanan desde Haifa —dijo, y cerró la puerta.

Estaban los cinco sentados en el porche, Miriam y Marta junto a Yeshuah. Adam estaba sentado junto a Yochanan, le hacía preguntas sobre la universidad y sobre la vida en Haifa en general. Yochanan

contaba. A cada rato miraba a Yeshuah de reojo. En un momento, Yeshuah no pudo soportar más y se puso de pie. Adam lo miró con extrañeza, luego vio las caras de desaprobación de Miriam y Marta.

—¿Y a ti cómo te ha ido? —Le preguntó Yochanan a Yeshuah aprovechando el silencio.

—¡A mí! —Yeshuah bajó la escalerilla y se quedó parado abajo, con las manos en la cintura—. ¡Yo solo he estado destruyendo aviones enemigos!

Adam miraba fijamente al horizonte, sentado en el porche. Marta entró a la cocina, donde Miriam preparaba la cena. Agarró una silla y se puso a cortar los vegetales sobre la mesa. Agrupaba los ya cortados en montoncitos aparte. En unos minutos tuvo tres montoncitos de colores diferentes. Entonces buscó una bandeja. Pero antes de regresar a la mesa se detuvo.

—Miriam, ¿no ha dicho nada?

Miriam se apartó del horno limpiándose las manos en el mandil.

—Nada. Hace tres días y no ha preguntado siquiera.

—¿Cómo es posible, Miriam? ¿Qué daño le hizo Yeshuah?

—Ninguno. Quizá querer parecerse demasiado.

Entonces entró Adam. Iba tambaleándose, chocando con los muebles.

—¡Rivka! ¡Rivka!

—Papá —dijo Marta—, mamá no está aquí ¿Qué quieres?

Adam trastabilló. Casi cae al suelo, pero Marta se movió rápido y lo sostuvo a tiempo. Miriam le sirvió agua del grifo mientras Marta le acercaba una silla.

—Y Yochanan ¿Dónde está Yochanan?

—Yochanan tampoco está —dijo Miriam haciéndole un gesto a Marta para que no abriera el pico.

El padre bebió del vaso. Exhaló un profundo suspiro y se puso de pie, saliendo de regreso al porche.

—¿Viste como ni siquiera preguntó por él? —Dijo Marta cuando se quedaron nuevamente solas.

El cielo estaba gris, plumizo. A lo lejos, más allá de las alambradas, un resplandor rojo incendiaba el cielo. El viento acercaba olor a pasto quemado, a ceniza y a tierra. Adam estaba sentado en el porche, mirando al viento hacer cabriolas entre las espigas. La vista se le iba nublando poco a poco, a pesar del esfuerzo que hacía por no perder la claridad. Marta se le acercó en silencio, y fue a recostarse a su lado.

—¡Rivka! —Dijo Adam cuando sintió el roce de Marta en su brazo.

—No es Rivka, papá —contestó Marta—. Es tu hija. Mamá no está —hizo una pausa y le agarró el brazo a su padre—. ¡Mamá murió hace años!

—¡Rivka! —Insistió Adam—. ¡Rivka, querida! ¿Dónde están los chicos?

El resplandor rojo crecía, se acercaba a la alambrada. Pronto alcanzaría las espigas.

—¡Rivka! ¿Dónde está Yeshuah? ¿Dónde está mi hijo?

Marta le aferró el brazo y le plantó la cara justo delante de los ojos. Los ojos de Marta también eran grises, pero de un gris impuro, como si una hoguera los tiñese ligeramente de rojo.

—¡Papá! —Dijo, y durante unos segundos dudó en volver a hablar—. ¡Tu hijo Yeshuah murió! ¡Murió en esta misma casa, hace tres días!

Adam entornó los ojos. Poco a poco se le iban nublando cada vez más, de gris plomo. A lo lejos el resplandor rojo se detenía, giraba a un lado y luego al otro, sin atreverse a cruzar las alambradas. Adam bajó la cabeza, le costaba demasiado tener los ojos abiertos.

—Lo sé —dijo—. Yo lo maté.

—¿Qué dices, papá?

—Yo maté a Yusuf, y a sus hermanos, y a sus hijos.

—¿De qué hablas, papá?

—Había que defender la tierra, Rivka. ¡Tú misma lo dijiste! ¡Ellos nos querían robar la tierra!

Adam miraba las estelas blancas de la sal sobre el mar gris. A su lado, Yusuf sonreía, como si la vida fuera solo sonreír.

—Él caminó sobre ese mar —dijo.

—¿Él? ¿Quién? —Preguntó Adam.

—Él. Yishuah alNazrí. Yeshuah haNozri, como tú le llamas —dijo Yusuf sentándose sobre las piedras, no demasiado cerca.

—¡Imposible! ¿Cómo alguien va a caminar sobre el agua?

—Él lo hizo.

Los dos chicos se quedaron en silencio. Yusuf sonreía mientras Adam miraba incrédulo al mar. Entonces Yusuf se puso de pie.

—¿A dónde vas? —Preguntó Adam.

—¡Voy a demostrártelo! —Dijo Yusuf, y caminó hasta la orilla. Las estelas blancas se deshacían en la playa de piedras.



## Jamila Medina Ríos (Holguín, 1981)

### Un cuerpo propio

Surfeando en internet/ rumbo a mi blog  
con ganas de exhibirme y de exhibir  
mi *fitness*  
hago el calentamiento/ abriendo *windows*  
donde alternan feministas con *starlets*:  
Linda Lovelace/ Belladonna/ Moana Pozzi  
Océane/ Katja/ Tabatha Cash  
y otras morenas de la vieja guardia  
jugando al Hot d'or  
tomando el té a través de las persianas  
con Marilyn Chambers y Annie Sprinkle de-gabán-  
abierto  
diestra en sus malabares/ con los adminículos  
de toda buena sesión  
de hidromasajes.

Previo a los días de examen  
iqué prisión concentrarse!  
Así que sentadita/ como la anguila eléctrica  
me doy *electroshock* con fragmentos de porno  
y envío *twitters* a mis fans  
con el telégrafo del barrio:  
“Estoy solita en cas/ma  
muerta de abulia estoy/ detrás de la puerta verde”.

He aquí mis remos/ mi dedal/ mis herramientas  
en la estación de bombeo/ mis hermanas de tránsito:  
a nado las pedí prestadas.  
Si yerro y me embarazo/ en las pruebas de campo  
también sacan sus fórceps  
y sirven de parteras  
ungiéndome a la vez/ con su jalapa fría  
para que el grumo escape comodito.

Desde 1963/ con la medalla del anticonceptivo  
desde 1971/ cuando firmé con las 343 guarras

para sacar a la calle (con sus gafas de lujo)  
mi abortico doméstico  
yo me siento liberada/ yo me siento ciudadana  
yo me paro de noche en las guaguas vacías  
para darle el asiento al conductor.

### En la botadura de mi plataforma insular

Tendidas como patanas sobre un charco  
las manos enlazadas para el *bridge*/ para el brindis  
arrellanadas/ en modositos hipopótamos/ (hipo)  
tálamos  
(lecho nupcial/ de alumbramiento o muerte  
leche de río/ lechada/ sopa de cales sin sustancia)  
podrían fingir que esperan  
por la llegada bárbara del funicular.  
Pero divierte mucho más  
sumergirse con brío en los follajes  
en el cuévano/ en la ciénaga  
(de los bosques helados de la taiga  
a los marjales de la mar picada)  
y esperar en salmuera  
el paso de la estrella giratoria.

A ratos subterráneas  
torpederos / hachitas marinadas:  
mis amigas se (ex)tienden  
trocando las cabezas verdirrojas  
de babor a estribor  
echando a un lado al cuélebre  
peinando la espelunca de la mar cuajada.  
Curvan sus jabalinas  
enceb(oll)adas/ echan al río las trenzas  
y se llaman por nombres en la noche:  
[venga/ que este poema sea un tronco/ un disco  
rayado de excripciones]  
María Deraismes/ Cindy Sherman// Ana Mendieta/  
Remedios Varo// Charlotte Corday/ Leonora  
Carrington// Hélène Cixous/ Olympe de Gouges//  
Susana Montero/ Enriqueta Fabez// Simone de  
Beauvoir/ María Luisa Dolz// Cecilia Rodríguez/

Sara Baartman// Ana Betancourt/ Kate Sheppard//  
Mercedes Matamoros/ Nara Araújo y las toreras  
que animaban el ruedo en Las Habanas  
de 1898.

Cuando me duermo al borde del acantil-  
(mis favoritas alineadas al costado  
en los estantes de madera)  
se abren las llagas de la mar violeta.  
Cuando despierto con las rodillas gastadas  
sé que he bajado a hacer callar  
a limpiar con alcohol y mucho yodo  
en la cubierta/ con Elizabeth Arden:  
las carnazas/ los pánicos/ los limbos  
los salvavidas del vientre  
la celulitis/ las várices/ las patas de gallina  
para posar de día/ sin escondernos del flash.

Dicen que en el fondo de nuestra mar  
está el vivero de diamantes  
que vigila el cuélebre  
que bastarían/ un pedazo de carne y una cuerda  
para pescar los naipes de la felicidad.

A mis amigas les digo:  
nunca consiento gemas/ de sangre o de Revlon.  
Si acaricio el ancla de tener alguna  
es para enterrarla y escribir con grafito  
a media tarde/ con su asfixia y su gemido  
a media máquina/ recordando/ a las mujeres  
de Mesopotamia

que hace cinco mil años trituraban  
con mano dura/ joyas semipreciosas  
para aplicarlas en los labios  
y ocasionalmente en las troneras  
alrededor de los ojos.  
Las geishas perseguían el rojo aurora boreal  
aplastando pétalos de cártamo  
la mismísima Cleopatra obtuvo sus pintalabios  
del machacado/ de escarabajos carmín.  
Los creyones con efectos brillosos  
fueron hechos al principio de una sustancia que serpea  
en el fondo/ de las escamas de los peces  
llamada esencia de perlas.

Cuando me levanto con ganas de maquillarme  
me pregunto:  
¿cómo hacer de la imposición por la belleza  
no nuestro fuerte/ oh, nuestro castillo  
no el foso de bengalas  
que nos postre en el arcoíris del sueño?  
Entre el bocabajo: del peine caliente y la pinza de cejas  
entre depilación/ postizos y la jauría tar-ta-mu-da  
de la silicona  
me aparto/ de la boca el anzuelo *See Red* Caperucita  
y llamo a mis *manicures* para proyectar  
el vaciamiento gozoso de la tierra  
que agarra este cayerío por el moño.  
Puestas de acuerdo/ queremos  
deshacernos de los centros  
de los perros calientes  
de los blanquérrimos bulbos apretados  
de los pubs.  
Vamos a inaugurar nuestros b(ill)ares  
en los aros de cebolla más violáceos  
en la huerta de los calamares  
entre la arena ya suelta  
del fara(ill)ón.

La respuesta a cómo hacer de tus pestañas  
una batería insomne  
contra los malos espíritus  
y de tu sombra *French Blue* esparcida  
una plataforma de viaje  
una luz intestinal  
por donde escape el cuélebre  
coronándonos  
soberanas momentáneas  
de su mar:  
está en la extirpación del ojo  
de pescado  
en nevera  
en las brochitas más finas  
habita en la concha abrigada  
abracadabra  
de tu vánite.

## Palpo/antena/tentaculario

Callada escrufo en mí la música tranquila  
que sobreviene al caos  
al pataleo de los dedos succionados  
por el rosa sediento.

En la humedad qué paz hallar  
en lo sombrío / en la tardanza / en la víspera  
del ciempiés de palpos  
que abandona temblando el baptisterio.  
Qué sequedad a que agarrarse qué oquedades  
en que embutir la ventosa:  
un (a)brazo que afinque para hociquear arriba  
cuerpo por hombros apenas  
mano callosa en columnata  
y los muñones de las piernas  
arribabajo  
y atrás y alante columpiados sin brida.

Si no doy pie / si no hallo a tientas el interruptor  
el asidero: cuenco o co(r)no abierto a la lamida  
si no amordazo las cabañas de la noche  
o entierro dedos en el pelo...  
no suelto prenda  
no regurgito el salto.

Raspando con cuchara  
el dienteperro  
—las yemas metidas en un agua de rosas  
manos entrando al manadero—  
duro siglos.

Mas  
cuando se recogen  
los aperos del día  
no quedo quieta en mí

temiendo al daño  
la lengua reptante en las paredes del cerebro  
buscando un dardo y una cerrazón  
la escarbadura

el escondite en el otro  
que agrieta el pecho  
del que explora.

En esta gruta estuve ya  
saqué los dedos encendidos  
de la avispa del agua  
y rosa flameaba el centro  
y rosa flameaban las yemas  
que se escondían de cabeza  
en el manadero de tales.

Hay una lengua de deseo  
que me trago cuando vienen los golpes  
de la espuma  
y el cuerpo cripta se levanta  
como una araña / una culebra  
emasculada con un palo  
un avispero de tierra.

Para verme callar / para verme caer  
han bajado los puentes giratorios.

Palpo-ícaro-antena  
me estiro otra noche  
buscándome las puntas de los pies  
el centro de la espalda sin lavar  
la ye(r)ma blanda del cráneo.

¿Se calmará el anemonario  
atizado  
por la aurora de casquivanos dedos  
o habrá que sombrear las puntas  
y estirar la palma  
como Lady Lazarus  
cortándolos-caer?

Yo solo digo  
por cada palpo  
un tentáculo.

**Oscar Cruz**  
(Santiago de Cuba, 1979)

**Gillette 1**

si usted aceptara como yo  
dejarse crecer una barbita  
podría comprender rápidamente  
que una barba es un detalle  
incapaz de generar Ideas.

y  
quién ha visto que una barba  
sea capaz de generar Ideas,  
se pregunta en un ensayo  
Roland Barthes.

sin embargo, cuenta la vecina  
que al cabrón de su marido le ha dado  
por dejarse crecer una barbita  
(una barba rectilínea de apariencia  
bombinesca).

y  
cuenta además  
que la punta afilada de la barba  
no solo le da Ideas, sino algo más valioso,  
le da ganas de Ideas.

**Se equivocó**

y al pasar por mi cabeza  
se murió.  
la paloma que compramos  
se murió.

y al pasar sobre mis hombros  
se murió.

la paloma que compramos  
se murió.

y al pasar entre mis piernas  
rozando con fuerza los cojones  
se murió.  
la paloma que compramos  
se murió.

“muchacho, por tu madre,  
ponte la ropa  
y sal a buscar otra paloma”.

**Ciencia Popular**

lo poco que sé sobre el poder  
lo he aprendido de este modo:  
leyendo con paciencia y total intensidad  
*Las ratas y los ratones*, de E. Kotenkova  
N. Neshkova  
M. Shútova

Editorial Mir, Moscú, 1989.  
traducido al español  
por Nelson Luis Duharte Rivera.

**hilodirecto**

al menos cinco civiles vinieron  
a la última lectura de poesía  
realizada por Oscar. el hecho ocurrió  
en una librería al centro de Santiago.

una exposición de poemas porno-pop,  
que rayan la moral y el buen comportamiento  
de las personas decentes, desató  
graves disturbios. los textos fueron  
destruidos por fuerzas de la OTAN

literaria de este territorio.  
 según portavoces, los ataques contra  
 convoyes de este tipo de poemas  
 son frecuentes en esa zona del país.  
 el lector insurgente  
 fue hecho prisionero y trasladado  
 hacia una granja de formación literaria  
 donde ya se encontraba J. R. Sánchez,  
 quien causara semejantes disturbios  
 en la región de Guantánamo.

ambos serán sometidos  
 a duros escarmientos que incluyen:  
 el estudio riguroso de la obra de Lezama,  
 sonetos y elegías de Guillén y algunos  
 poemas líricoides, escritos por poetas  
 del Senado. (Informó EFE).

## La nueva canción

cuando los burros mueven *la noria*  
 el sonido de sus patas en el fango  
 afirma la existencia de una música  
 de burros.

las yeguas  
 que orgullosas los contemplan  
 se excitan y humedecen  
 al verlos trabajar de ese modo.  
 no resisten el sonido de sus patas en el fango.

hoy

no es tiempo para escucharlos.

pero mañana

todo el que de ellos se sonríe

gritará.

## Nota 1

la función de los poemas  
 es en mucho semejante a la función del intestino.  
 no solo ella absorbe lo mejor de lo tragado  
 sino que expulsa al exterior la bola fecal de lo  
 sentido.  
 gracias a ella, el campo emocional  
 se dilata y se contrae como un esfínter.

el exceso de malos poemas  
 da lugar a la debacle de los esfínteres.

un hombre que dedica su vida  
 a la escritura de poemas  
 es un hombre que a la larga  
 huele a mierda.

# Alessandra Molina

## (La Habana, 1968)

### Parábolas del buitre

*Un buitre me picoteaba los pies. Ya me había desgarrado los zapatos y las medias y ahora me picoteaba los pies. Siempre tiraba un picotazo, volaba en círculos amenazadores alrededor y luego continuaba su obra. Pasó un señor, nos miró un rato y me preguntó por qué toleraba al buitre...*

“El buitre”, Franz Kafka

Como el pico del buitre  
en la boca del condenado  
quiere ser tu palabra  
en mi silencio.  
Pico y un solo ojo,  
cara de un solo lado  
que sin moverse  
sabe  
del otro que vendrá  
con la misma pregunta  
y la respuesta: “¿Pero,  
por qué se deja destrozar así,  
por qué se deja atormentar de modo tan salvaje?  
¡Si usted lo quiere, buscaré mi arma!”

Y con qué gusto intentamos este relato  
que, bien se sabe, no nos pertenece:  
un vuelo por la altura, un giro,  
la caída en picada y la cabeza del buitre  
que pasa por la boca  
a ensartar el velo de una garganta.  
Relato con un buitre de leyenda  
para una garganta de leyenda,  
pues no ha habido silencio más suculento

ni más picoteado.

Un silencio profano pero hondo como los cielos,  
y un cielo, solitaria gallardía del rapaz  
de modo que este  
pareciera dar con sus reprobados  
en el puro azar del vuelo  
y la caída.

Nuestros asuntos, para qué comentarlo,  
son la parte intrincada, la carne de la carne  
de esta rapiña  
con este magnífico silencio  
y un buitre  
tan épicamente atragantado  
en la fuente de sangre de su elegido  
que llegado el tercero con su arma  
no sabría a ciencia cierta  
qué matar.

### Al calor de la prédica

*Sobre las razones que pudieron inducir al predicador Elías y a su pálida mujer, en el verano de 1939, a recogerme en su casa, solo puedo hacer conjeturas, dijo Austerlitz. Al no tener hijos, como no tenían, confiaban quizás en poder contrarrestar la congelación de sus sentimientos, que indudablemente les resultaba más insoportable cada día, dedicándose juntos a la educación de aquel chico de cuatro años y medio, o quizás pensaron que estaban obligados ante una instancia más alta a realizar una obra que excediera la caridad cotidiana y supusiera entrega personal y sacrificio. Posiblemente creían también tener que salvar de la condenación eterna a mi alma no rozada por la fe cristiana.*

W. G. Sebald

A través de los árboles,  
del corazón herrumbre  
de los bosques de pino,

la habitación sería una llamita roja,  
y una llamita azul a punto de extinguirse  
tras un manto sedoso de abedules.  
Y encontrada en el valle de las flores  
o, arriba, en la colina, en su lomo de piedra,  
podría ser de nuevo el amarillo cálido y común,  
la lámpara encendida y una luz donde cabe  
la existencia del hombre.

Hacia esa luz nerviosa,  
cambiante entre los bosques,  
entre las nubes bajas y los riscos,  
tiraba el caballito,  
blanco como la nieve, a los ojos del niño,  
y blanco como el mantel que una mujer coloca  
en la mesa tardía  
para el niño y el hombre, los viajeros.

Pero no solo ellos.  
No solo el poni blanco y sus dos tripulantes.  
¿Quién no ha puesto sus ojos, ese día,  
en la casa que espera?  
Una casa del pueblo entre la leña helada.  
Sus pálidas paredes que salen de la niebla  
flanqueadas por el sueño. Las cabezas siluetas  
de las bestias dormidas,  
los hierros de labranza, los carretones sueltos,  
y esa otra bestia indócil,  
la veterana bestia del pecado  
perdido,  
encontrado y perdido  
en cada uno.

Los ojos de la gente en la casa centella  
y adentro del camino  
la cabeza del poni, la pelambre que baja,  
y el lomo bien trabado por las guías del coche,  
y la espalda del hombre, y a su costado,  
el niño.  
Todo le habla a ese hombre que, por su parte, calla,  
que esconde de sí mismo —rigidez en la nuca—  
la emoción del trayecto.

¿Busca el predicador  
decirse esa belleza, el impulso sublime  
en su discurso amargo?  
Un camino que acerca las montañas,  
las colinas en sombra,  
los helechos torcidos por el fuego de invierno,  
y el follaje de aguja de los pinos,  
y declives que esperan un fragor de campanas,  
y praderas y embalses, y riscos y horizontes.  
La oración más sinuosa y la más simple.  
Una oración secreta, que no gasta palabras  
pero que aliña todas las palabras.  
La raíz de las cosas, la exuberancia atada  
de este mundo.

Cuatro golpes de hierro  
y un cuadrado amarillo que relumbra en la noche.

Un camino y la casa al final del camino.

Un pueblito de Gales y su predicador,  
orador ambulante porque hay una guerra  
y a la guerra se han ido los más jóvenes.

Gracia la de ese trío que avanza por el fuego,  
hoguera milenaria de los claros de bosque.  
Su misión. La aventura.  
La comunión que espera y que ya envuelve  
a esos falsos errantes  
mientras madura el tiempo cotidiano:  
la flor del día a día de esa infancia  
merodeada en silencio  
como si hubiese poca adivinanza  
en el quehacer de un niño.  
Un día, y otro día, otro día  
en el tiempo sin bordes de lo eterno.

Pero qué es lo que lleva,  
qué sigue manejando las riendas de esa liga  
cuando ya no hay sendero,  
ni un animal fajado ni una aldea a la vista.  
Cuando las riendas salen de la nada

y el hombre está allí solo, y es el padre,  
y el niño está allí solo, y es el hijo.

Que el silencio los guarde.

Que la prédica viva les alivie el silencio.

Que el letargo que traen adentro las costumbres  
los cuide, si es que puede, del pasado.

Que el pasado los guarde del pasado que viene.

No importa si ya fue o si no ha sido:  
nada detiene el tiempo desprovisto de tiempo  
de esa ronda.

Nada es bastante asunto para romper su círculo,  
para caer afuera de su eterno.

La Batalla de Austerlitz en los libros de historia  
y en la listas de Praga, el apellido Austerlitz.

Pero es que no hay historia, no hay momento  
que ya no esté en lo dicho, retraído  
a su forma milenaria.

Vértigo de este mundo que alguna vez naciente  
ya narraba la fuerza de lo antiguo.

Y quién es ese niño sino el que puesto a salvo  
sobrevive

en un vértigo inverso, hacia delante.

Al que hallarán los muertos

y, más tarde, entre muertos,

al que hallarán los vivos.

Historia de unos días que no se pertenecen:

la endurecida boca de un relato

que comienza en recuento de otra boca.

La giba de un paisaje, piedra y labio de piedra  
por donde pasa a ratos lo que fuera  
el fabuloso trío de unos bosques.

Pero es que no hay momento, no hay presente,  
todo llega cansado, como ejemplo,  
a ese espíritu seco, de prédicas terribles,  
que se azuza y se pule encerrado en un cuarto,

con los ojos prendidos de algún punto,  
y que sale al camino y a una prueba:  
ramillete de bombas sobre un pueblo de Gales  
y otro ejemplo a su labia furibunda.

Y allí, como en un margen  
que la casa de paso concede y desconoce,  
la presencia del niño.

El inglés no es su idioma  
pero ya lo comprende.

El galés no es su idioma  
pero puede seguirlo, o las palabras llegan  
y son como las cosas,  
esos flancos de objetos que nacen  
y se hunden

en la atrapada noche de los cuartos.

Bajo techos extraños y las mantas  
que traen con su abrigo  
el sueño de una lengua más sabida,  
la visión y el recuerdo de unos rostros.

Y al lado, en la ventana,  
por donde va a sí mismo aquel camino  
que ya hacia esa hora no ha de ser más camino  
sino el paisaje inquieto, el centelleo nocturno  
de alguna explotación de minerales,  
el sermón que florece. Paisaje que entrevisto  
guarda mejor que nada el nervio de la prédica.  
Las palabras que impresas en cada cosa y Todo  
se quedarán ocultas después de haberlas dicho.  
Paisaje en la ventana como quien dice el toque,  
el remate y pulido de la idea,  
la imagen de la imagen,  
como quien dice un verso.  
Míneral que es linterna azul sanguíneo,  
lámpara a ras del suelo  
donde se hincha la tierra, crece un árbol,  
se insinúa la fuerza de esta vida  
y caen del recuerdo  
la furia y la pureza del relámpago:  
la descarga divina.

Adentro de la guerra  
y adentro, más adentro de esos bosques.  
En los trillos, laderas,  
y el recóndito valle de los justos.  
Entre bosques y casas como si ellos no fueran  
cada uno del otro  
el camino, el vano, y el interior perpetuos.  
Del pecado al pecado con ese niño a cuestas,  
en la sagrada forma de un relato  
que es la edad de la culpa y del perdón  
y, sin embargo, adentro  
de esa infancia.

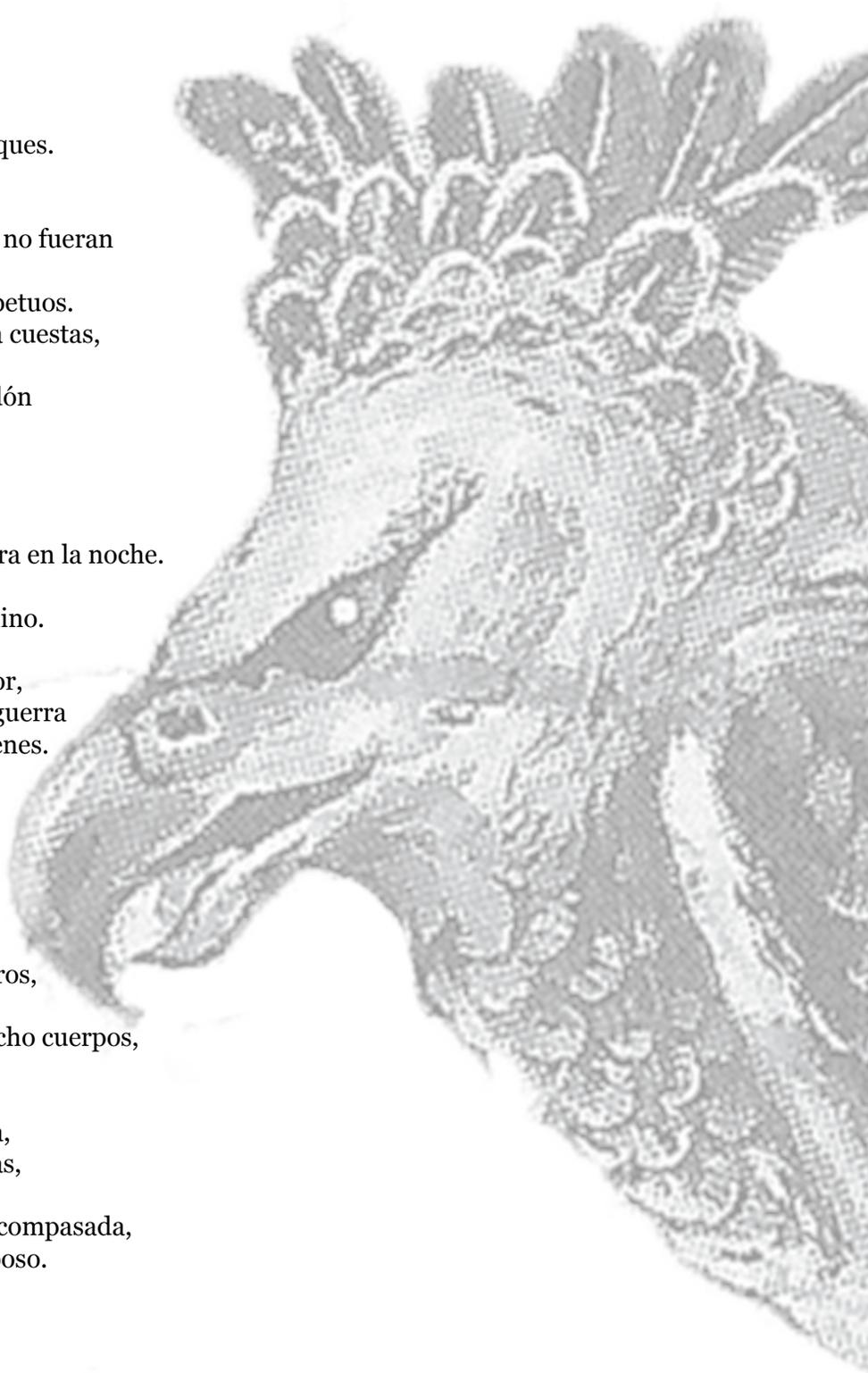
Cuatro golpes de hierro  
y un cuadrado amarillo que relumbra en la noche.

Un camino y la casa al final del camino.

Un pueblito de Gales y su predicador,  
orador ambulante porque hay una guerra  
y a la guerra se han ido los más jóvenes.

## **Canción de los remeros**

Quién vio la redondez de sus hombros,  
la espalda triangular,  
ese escudo que guarda el jalón de ocho cuerpos,  
ocho pares de remos.  
Quién vio el ángulo de las piernas  
sobre el fondo tan breve de la canoa,  
los ojos desmesurados de las rodillas,  
la quilla solitaria.  
Quién oyó la canción de su fuerza acompasada,  
fuerza que lleva el tiempo de un reposo.  
Los remos entraban en las aguas  
como bocas parlantes,  
salían de las aguas  
como orejas sordas.



## Otras maneras de lo sin hueso

Para Lorenzo García Vega

Lujo secreto de esta casa.  
 Lujo de esta casa por sí mismo olvidado  
 como una aguamarina que fuera desplazada hacia el meñique.  
 Como un existir de andar rozando todo  
 con esa piedra roma, encarnada molestia.  
 Con esa piedra roma no se rebana un dedo  
 ni se hace el rococó  
 de otro pequeño círculo, que enganche que estrangule  
 un lagrimal de lámpara.  
 Y, aun así, no tenemos nosotros esos lujos  
 ni su eslabón alquímico lograría avanzar,  
 retroceder a gran escala en nuestros sueños.  
 No heredamos, ni hemos sido eficaces en la hora rapaz,  
 ni lucimos voraces.  
 Como un perro se detiene con mandíbula floja  
 nos tardó la elegancia, el disimulo,  
 de asentar permanencia por ley o por justicia en los saqueos.

Lujo secreto de esta casa,  
 nuestra madre no sabe con la mano o labor que ella lo toma.  
 Nuestro padre no sabe en cuál de sus sopores lo deslíe más.  
 Nuestro hijo no entiende con ventajas su intercambio  
 porque no habrá entendido, conocido,  
 la fortuna en la cumbre de unos días,  
 sus soportes de umbral y de poniente en la historia de un hombre.  
 Sin labio de cuarzo púrpura o negrero,  
 sin cuello de marfil o capataz,  
 quién podría decirnos la desvergüenza, el crimen,  
 ante los que ha ganado su valor.  
 Como si se tratara de la honra  
 por la boca entreabierta  
 se nos pierde el deseo de nombrarlo, de continuar su elogio,  
 de maldecir que vuelva y no golpee nunca de una vez;  
 nuestro odio feroz a la riqueza  
 nos condenó a amasar hora tras hora.  
 Por la boca entreabierta se nos pierde el deseo de nombrarlo,  
 se nos vuelve un secreto,  
 un lujo que no terminaremos de decir  
 ni en comadreo:  
 todo eso que se arranca de la vida cotidiana  
 para hacerse al instante vida cotidiana.

## Hank Lazer (California, 1962)

Traducción: Mayra López  
(La Habana, 1962)

### La visión de la forma en la página

Durante los últimos veinticinco años, la estrategia que he seguido para escribir poesía se basa en utilizar una serie de mutaciones para los métodos y procedimientos de la escritura. En *Portions*, el libro que escribí inmediatamente antes de los *Cuadernos*, dediqué seis años a la exploración de una forma inventada de cincuenta y cuatro palabras: tres palabras por línea, tres líneas por estrofa, seis estrofas en total (el 18 es un número místico para los judíos, de ese modo, todos los poemas de *Portions*, contienen tres 18s).

En los *Cuadernos*, me propuse trabajar en una forma más maleable; determiné que cada página tendría una apariencia muy diferente a la página anterior. Normalmente, la escritura de una página comienza con una visión o premonición sobre cómo lucirá la forma de la composición. Al comienzo, tengo solamente un sentido de la forma en la página, y muy poco o ningún sentido de cuáles serán las palabras específicas. Escribo para cumplimentar la visión de la forma en la página. Como en una improvisación de jazz, la actividad de escritura está intensamente concentrada. Trato de ejercer todo lo que he aprendido en cuarenta años de escritura de poesía.

Durante mi primera visita a Cuba (junio, 14-20 de 2011), estaba escribiendo el *Cuaderno 20*. El proyecto completo se llama *The Notebooks (of*

*Being & Time)*, *Los Cuadernos (del Ser & el Tiempo)*; mientras escribía, tenía como compañía la lectura de un texto filosófico. En general, durante el proyecto (que me ha tomado seis años terminar) intento cumplir con un proceso de meditación sobre la naturaleza del “ser” y el “tiempo”.

Cuando escribí las páginas de junio de 2011, en La Habana, estaba leyendo varios libros: *Of God Who Comes to Mind*, de Emmanuel Levinas; *Of Being Numerous*, de George Oppen (*Selected poems*, el único libro de poesía de Estados Unidos que llevé conmigo en mis viajes); y *Bueno y sin prisa: Too Good to Rush* (una antología bilingüe de poesía moderna de los Estados Unidos de América, traducida por Jonathan Skinner y Omar Pérez, y publicada por Torre de Letras, en La Habana). Lo que resultó más inusual y muy notable (y una coincidencia bastante asombrosa) fue mi lectura de Levinas. He leído muchos libros de Levinas y resulta raro encontrar en su escritura comentarios sobre la teoría Marxista. Sin embargo, estaba yo en La Habana, y las páginas que leía presentaban una de las más amplias consideraciones sobre el tema que yo hubiese encontrado en sus escritos. La esencia de los escritos de este autor se centra en la exigencia ética de velar por el otro y el desconocido. De tal forma, no sería inusual o totalmente inesperado que Levinas ofrezca una perspectiva sobre la teoría Marxista.

Algo similar ocurre con Oppen, quien debido a sus posturas políticas había vivido muchos años en México, exiliado de los EE. UU., y cuyo trascendental poema “Of Being Numerous”, que se sitúa dentro de las preocupaciones metafísicas de Heidegger y Levinas, la naturaleza del ser humano, por ejemplo; también tiene las implicaciones políticas de la dialéctica de la singularidad y la solidaridad (de ser parte de un colectivo mayor).

Ofrezco esta percepción detallada de las lecturas que realizaba simultáneamente con la escritura de las páginas de La Habana, con vistas a que el material citado no sea incomprendido.

No es mi intención, especialmente a partir de una primera visita de una semana al país, evaluar, criticar o ensalzar la sociedad socialista o la retórica de Cuba. Las referencias específicas al “Marxismo” son citas que tienen lugar dentro de un contexto filosófico de Europa Occidental. Son oraciones y frases en las que pienso y que tienen resonancia para mí, y que no intentan ser conclusiones invariables. Las citas conviven con frases y oraciones que presentan un punto de vista opuesto o indagatorio. Los materiales citados se convierten en objetos ponderados, como en las esculturas móviles. Son vectores de fuerza, conjetura u observación, pero existen dentro de un marco más amplio (cada página del cuaderno) en la que los diferentes colores de la tinta y las diferentes formas de la escritura son coreografiados. Piensen en cada hebra de la página escrita/dibujada como una voz que existe entre otras voces, o, en el caso de la caligrafía, como una pincelada entre otras pinceladas.

El poema “ $N_2OH_1$ ” vincula las aspiraciones Marxistas de realización humana con la exploración filosófica de que la humanidad avance hacia una comprensión y consumación de la naturaleza del “ser.” El título *Bueno y sin prisa*, relacionado con la cita de Oppen en “Of Being Numerous” (donde se denomina a los humanos como “las tristes maravillas”, “the sad marvels”) sugiere que la lenta naturaleza cambiante del ser humano es algo en sí mismo demasiado bueno para apurarlo. Al estar en Cuba, experimenté una sensación palpable del proyecto de convertirse en humano, de una vida llena de esperanza y de sentido por aquello en lo que podríamos convertirnos.

El poema “ $N_2OH_3$ ” contiene un juego con la música de algunas palabras que tienen sonidos similares: ideas, ojo, yo, sí.<sup>1</sup> El punto que aparece



debajo de la palabra “cosas” indica que al leer en voz alta, comenzaría por esa palabra y seguiría leyendo hacia la parte superior de la página. Por supuesto, un asunto a considerar con muchas de las páginas del cuaderno es cómo leerlas: en qué secuencia y cómo presentar la página como algo performatizado o como una lectura en voz alta.

El poema “ $N_2O H_5$ ” es más denso que las otras dos páginas. Comienza con una cita de Oppen en “Of Being Numerous”. La cita escrita en forma ovalada al final de la página (“...el despertar del Ser...”) sugiere un vínculo esperanzador entre el proyecto humano “de ser” con el fin del sufrimiento humano.

Mientras redacto estas notas sobre las páginas de La Habana, siento la necesidad imperiosa de confesar que las mismas fueron escritas/dibujadas muy rápidamente aunque en ellas abundan las referencias. Algo muy parecido a una forma impulsiva de cocinar seleccionando ingredientes que están a la mano. Estas son las frases que están a mi disposición durante mis lecturas y reflexiones momentáneas y se convierten, con mucha rapidez, en parte de la nueva página compuesta. Dudo que la composición de ninguna de las páginas de La Habana, me haya tomado más de 15-20 minutos. Comenzaba con mis lecturas, sentado, tomándome un café (temprano en la mañana), y una vez que empezaba a ver la forma de la página, escribía. Debido a que el proceso de escribir en sí mismo ocurre con bastante rapidez, no es hasta que termino la escritura de la página que comienzo a comprender (lentamente) la naturaleza, posibilidades, y el pensamiento de lo escrito. En el acto de escribir/dibujar la página, soy una especie de médium, entrada o canal, recibiendo algo semejante a un dictado. Quizás sea una momentánea experiencia de posesión; crear espacio y forma para palabras y frases cuya interrelación tiene una progresión lenta, tanto para mí como para el lector, en el tiempo.

He llegado a concebir la escritura de los

*Cuadernos como escritura de formas* y como el despliegue de un tipo de *pensamiento vectorial*. La página es el escenario, de irreplicable y concentrada duración de la improvisación, con indicaciones de series de palabras (realmente vectores de fuerza, o líneas/frases de energía) batallando por un lugar donde ser vistas o escuchadas. Con frecuencia, las frases dialogan entre sí; otras veces, existen una al lado de la otra en una relación implícita u oblicua, a lo sumo. En ocasiones, las frases se alejan unas de otras o se enfrentan.

La escritura de formas rebasa cualquier precisión o plenitud de intención. Como en una improvisación de jazz (o cualquier ejecución deportiva que involucre actividad física) me esmero en poner en práctica todo lo que sé y puedo hacer en cada instante de la escritura de formas. Pero el resultado ocurre a un ritmo que hace imposible que yo pueda controlar completamente lo que acontece. Honestamente, el proceso se siente más como un tipo de dictado o posesión. Como dice la poeta estadounidense Susan Howe en una entrevista: “tu mano está recibiendo órdenes de alguna parte”.

---

\* N. del T.: Las palabras a las que se refiere el autor se pronuncian en idioma inglés como se muestra entre barras ideas /aɪ`dɪz/, eye / aɪ /, I / aɪ /, aye / aɪ /.

N2OH1

6/15/11  
Havana

"the anticipation of the future in which humanity, today absent, will exist." (34)

"understood as hope, humanity is <sup>inherently understood</sup> understood."

buena y sin precio

"the language of the world" (34)

las tristezas de ser su mundo" (35)

"the fulfillment of men is the fulfillment of maravillas"

N<sub>2</sub>OH<sub>3</sub>6/17/11  
Lavana 2am

ideas

ideas

ideas

indivisible  
(aye)

ideas

ideas

ideas

ideas

invisible  
(I)

ideas

ideas

ideas

ideas

ideas

things  
(eye)

ideas

ideas

ideas

ideas

ideas

ideas

N2OH5

6/19/11  
Lavana

"couple / in reality together"

we await their decisions  
& we go about our business

who will rise up  
of the many people

"the world to be would  
already be too much. yet  
this is an unfavorable position"

for person to person know me

is a  
in a  
in a

advent  
"in a  
in a"

we build a lasting peace

of good intention  
to specific end of good intention

"Being coming to itself is certainly impossible"

together  
in this  
silence

the mind that you alone above  
"the mind that you alone above"

without the end of mass misery  
many with the humanity of masses who know they truly matter

on which

of my misery, and especially the matter

we rest

**N2OH1****6/15/2011**  
**havana**

“la anticipación del futuro en que la humanidad,  
ausente hoy,  
existirá.” (34)

“El Marxismo abandona los cielos  
para hablar en la lengua de la tierra” (34)

“entendido como esperanza,  
la humanidad es redescubierta” (34)

*bueno y sin prisa*

*las tristes maravillas*

“La consumación del hombre está en la consumación de ser en su verdad”. (35)

# N<sub>2</sub>OH<sub>3</sub>

6/17/2011  
havana 2 a.m.

ideas

ideas

ideas ideas

**indivisible**

**(sí)**

ideas ideas

**invisible**

**(Yo)**

ideas ideas

**cosas**

**(ojo)**

ideas

ideas

ideas

ideas

# N2OH5

**6/19/2011**  
**havana**

“atrapados / en la realidad juntos”

los que van a levantarse

nosotros esperamos sus decisiones  
& nos ocupamos de nuestros asuntos

de persona a persona construimos una paz duradera

*“las palabras futuras serían  
ya demasiado. Sin embargo  
esta es la pregunta inexpresable*

*de la que se  
nutre  
toda  
pregunta  
ulterior.”*  
(40)

“El despertar del Ser es ciertamente imposible  
sin el fin del sufrimiento del hombre:  
de mi sufrimiento,  
y especialmente del sufrimiento del otro.” (41)

de los muchos pueblos de nuestras muchas lenguas  
el específico suelo de cada entonación la palabra que solo tú adoras

juntos  
en este  
silencio

moviéndonos con la humildad de las criaturas  
que saben que apenas importan

en el que  
descansamos

## Oliverio Coelho (Buenos Aires, 1977)

### El traidor

#### 1

Para paliar las altas temperaturas, Dollman duerme en el lavadero de un departamento deshabitado, de día y en períodos de dos o tres horas. Cuando cae la noche, suele recorrer las entrañas del edificio y caminar por la azotea.

Es de noche, pero esta vez Dollman no recorre esas arterias laberínticas en busca de restos; fuma en su colchón y observa el techo convencido de que contando manchas acelera el paso del tiempo. No se deja distraer ni siquiera por el zumbido desesperado de las moscas. Escucha del otro lado de la pared el latido mecánico del ascensor. Desde la muerte de su padre, vive en la última planta de un moncoblock tomado, y la intimidación gestada con ese organismo prehistórico que en cualquier momento del día acarrea hombres y familias a sus guaridas de promiscuidad, suple de algún modo la relación con su progenitor.

#### 2

Dollman es un príncipe ignorado: el último miembro de una centenaria Logia de desocupados vocacionales y combativos, conclave nacionalista creado un siglo atrás para repudiar la empresa capitalista, la generación de empleo, la plusvalía, el materialismo histórico, las distintas vertientes del “trosko leninismo”, y reivindicar, a fin de cuentas, la pasividad política, el autismo salvaje y el ocio social que el humano cultivó al principio de las edades.

De la Logia podría decirse que en el año 250, cuarenta años después de su formación, sus integrantes dejaron la pasividad y con una eficacia asombrosa —ni una sola huella, ni un solo nombre filtrado— perpetraron el magnicidio más importante que recuerde la sociedad argentina: tres diputados, un senador, todos melómanos representantes de distintas fuerzas políticas que habían promulgado la Ley de Trabajo Obligatorio, fueron asesinados a la entrada del Teatro Colón. El gran golpe, sin embargo, no se coronó a lo largo del tiempo con una ola de asesinatos que pusiera en peligro la confianza de la población en la expandida fe del trabajo, y se transformó en uno de los grandes enigmas de la política argentina del siglo **xxi**.

#### 3

Treinta y cinco años después del atentado, cuando todos los fundadores habían muerto en el anonimato sin que se encontrara ni persiguiera a los responsables de los crímenes, el padre de Dollman —a su vez descendiente directo de un fundador— tras un romance con la única mujer de los por entonces siete miembros de la Logia, concibió un hijo en el que confluyeron los secretos y la historia política de la agrupación.

Tal vez por eso, Dollman, sin su padre, se siente un animal en extinción. Cuando su padre estaba vivo, la posibilidad de heredar un secreto y la posibilidad de morir no le asustaban. Ahora se sabe más mortal que nunca y se siente más deseoso de inmortalidad. Aunque no encuentra motivos para vivir en el presente, le horroriza la posibilidad de dejar de pensar y que el mundo siga existiendo en su ausencia. Durante un tiempo se ilusionó con revelar a alguien el secreto, transmitirlo y desentenderse lo más pronto posible, como si en el secreto heredado aumentara su propia muerte. Pero terminó decidiendo que lo mejor era suprimirlo: empezar una nueva vida. Dejar de ser el heredero.

En unas horas, cuando amanezca, habrá llegado el día y el momento indicado para llevar a la práctica su plan y ser un mortal más.

#### 4

La ciudad está inusualmente vacía y ordenada. Dollman camina por el carril lento destinado a los ancianos, para no ser atropellado en caso de sufrir un ataque de vértigo. Sus precauciones son inútiles, ya que no sufre el ataque ni se cruza con caminantes hiperactivos. Contrario a lo que ocurría años atrás, cuando la gente se disputaba las sendas rápidas, hoy incluso los jóvenes asaltan el carril lento y eligen desplazarse por las arterias importantes, que presentan cintas transportadoras reservadas a ancianos, inválidos y madres con niños.

Por el carril intermedio Dollman avizora solo a un señor mayor con su mascota reglamentaria y a un joven sucio y en harapos que avanza recostado sobre una tabla con rueditas.

La ciudad no se parece a la Buenos Aires que Dollman recuerda por las referencias de su padre. Ahora es homogénea como un suburbio; cada tanto pasa algún auto. Una vez que llega al centro y la cantidad de gente aumenta, Dollman, a fuerza de ser observado, nota que ya nadie usa ropa como la suya o como la de su padre. Lo miran como a un extranjero. Se pregunta qué verán en él, y se contesta que a alguien recién venido del pasado.

Cada veinte metros, en un espacio delimitado por un círculo, se topa con distintas casetas en las que se ofrecen servicios de primera necesidad: pedicuría en una, peluquería en otra, limpieza dental, kinesiología al paso, y en la única caseta ciega, lo suficientemente amplia para alojar un catre, lo que Dollman siempre anheló: munificencia sexual.

Dollman no tiene dinero ni sabe que allí podría satisfacer su deseo, de modo que sigue de largo y

empieza a preguntarse si alguna vez llegará a la bendita oficina. Mira las caras y espera encontrar un mínimo rasgo familiar o humano para abalanzarse y preguntar por la avenida de los Dos Perones.

Sin pensarlo, entra en un mercado. Los puestos de primera necesidad superan con creces los de abastecimiento. En un carnicero anciano, sentado entre dos reses flacas y moradas que cuelgan de ganchos y parecen hacerle compañía como centinelas, identifica un rasgo de su padre. Intuye a un hombre solidario, se acerca, le pregunta dónde están, pero antes de que el otro le responda se pone ansioso y le dice a dónde va. El carnicero, con exceso de ademanes, como si varios hombres lucharan por manifestarse en su interior, le contesta que está en el lugar indicado, solo que erró la entrada, las oficinas de “Desarrollo laboral” están justamente sobre su cabeza. Basta con girar en la esquina para encontrar el acceso. Dollman agradece y trata de despedirse, pero el carnicero, como si no hablara con gente desde hace días, no se resigna a que se vaya y empieza a dirigirle señas de todo tipo, en un lenguaje que parece de sordo mudos, y luego da rienda suelta a su curiosidad:

“¿Para qué se va a meter ahí? A lo mejor todavía ni abrieron. No le van a solucionar nada. Yo lo puedo poner en contacto con...”

A esa altura de la frase, Dollman escapa del mercado. Algo del pequeño incidente produce una apertura en su percepción. Se detiene abrumado: en su campo visual aparecen mujeres hermosas que minutos atrás pasó por alto. Controla las ganas de arrojarle encima de una. Quizás la visión de las reses o la gestualidad sobreexpuesta del carnicero le hayan inoculado la necesidad imperiosa de una cacería sensual. Está a punto de volver a entrar en el mercado por un pasillo lateral que le permitiría esquivar al carnicero y buscar un rincón para masturbarse, cuando un chico se le acerca y se ofrece como guía. Dollman tarda en responder. Por un momento considera conveniente la propuesta, pero luego deduce que, aunque se trata de un

niño, está ante un desconocido. Se echa andar, el chico lo sigue y un par de veces le tira de la manga: “Págueme”, le dice, “págueme, págueme”. En la conciencia de Dollman esa palabra resuena desplazada: “pégueme, pégueme”. Siente que más allá de lo que signifique el vocablo, está en peligro: corre el riesgo de que lo denuncien por golpear a un menor de edad. Apura el paso y al doblar en la esquina discierne el cartel de la oficina pública, justo enfrente de un puesto de primera necesidad en el que cortan el pelo y en el que un adulto de rasgos alemanoides detiene al niño y lo regaña como si fuera un pariente. Dollman cree escuchar el contenido del reto: “así no se mendiga”.

## 5

Contra lo que espera —oficinas públicas que imitan el laberinto vertical de su edificio, escaleras y ascensores abarrotados—, se encuentra con una escalera sobria, un pasillo lúgubre y solitario con puertas bien identificadas a los lados. Cada tanto pasa algún empleado con una bandeja. No hay recepcionista. Él se deja guiar por el instinto. Lee con detenimiento la leyenda impresa sobre el vidrio esmerilado de cada puerta. Al toparse con la oficina de Desarrollo laboral, se pregunta qué pensaría su padre de todo eso. “Traición”, se dice, y aunque un aviso en letras rojas en la puerta versa “por favor, golpear y esperar”, Dollman pasa. Se da cuenta enseguida de que todos los que trabajan en la oficina —aproximadamente diez— son mujeres flaquísimas que ante su irrupción vuelven la cabeza al unísono y abandonan por un instante sus tareas. La mesa de entradas se parece más al mostrador de una farmacia que al de una oficina pública.

En un rincón, entre los escritorios pegados de un modo innecesario, como si formaran una trinchera, una gran jaula con una figura que podría ser uno de esos simios bebé que se han puesto de moda, atrae de inmediato a Dollman. Si dos empleadas

no se pararan en ese momento delante, saltaría por sobre el mostrador para inspeccionar de cerca el comportamiento de ese animal tierno.

“¿Nacionalidad?”, pregunta secamente una de las dos empleadas.

“Extranjero, no habla el idioma, no te das cuenta”, se anticipa la otra, de aspecto triste.

Dollman las mira extrañado. “El idioma”, piensa, “¿qué idioma?”. ¿Existirá otro idioma que él no habla, distinto incluso al idioma que ellas hablan?

“No soy extranjero”, grita él para transmitir autoridad, y lo único que logra es que más oficinistas se acerquen y se paren del otro lado del mostrador como si se detuvieran a mirar el interior de una jaula.

“¿Si no es extranjero entonces qué quiere, por qué grita?”

“Quiero trabajar”.

Con un movimiento coordinado, las oficinistas retroceden. Dollman no puede saber si se trata de una reacción ante su respuesta o de un movimiento cíclico: avance y retroceso. Otra vez las dos mujeres del principio quedan frente a él.

“Lamento decirle que hace años no hay puestos vacantes ni en la vía pública ni en las oficinas para argentinos nativos o naturalizados”.

“Si fuera ruso...”

“Estaríamos hablando en otros términos, otra perspectiva, habría algún puesto vacante”, interviene la empleada de aspecto triste. “Pero evidentemente no es ruso y no serviría en el puesto que podríamos asignarle”.

“Podría aprender ruso”, dice Dollman abochornado por una nacionalidad que es igual a la de las empleadas, pero que en su pellejo parece inservible. No puede creer que después de haber salido de su refugio tropiece con la fatalidad de ser argentino.

“Vamos a hacer lo siguiente”, dice la más piadosa de las dos mujeres, “llene por triplicado este formulario con sus datos personales. Vamos tratar de hacer una excepción y lo vamos a incluir

en una lista de espera, aunque por edad ya no califique. Su número es el 85673”, y le entrega una pila de papeles.

Dollman, como si hubiera recibido una limosna, repite “gracias”, aunque enseguida intuye, por la manera en que queda solo y orbitando, que a la larga no obtendrá ningún beneficio y que las empleadas en realidad quieren deshacerse de él con amabilidad para volver a las tareas rutinarias, esto es, la contemplación de la atracción del lugar: el simio bebé en la jaula.

De modo que llena los formularios con una letra fósil e ilegible por la falta de práctica, y los deja sobre el mostrador sin que nadie se percate. Antes de retirarse nota, a un lado, un perchero con un abrigo y una cartera. En menos de un segundo dobla el abrigo en un brazo, ubica la cartera bajo la axila y se las arregla para abrir la puerta y darse a la fuga. En el corredor enseguida se orienta. Camina despacio hacia la salida, convencido de que aun cuando lo hubieran visto delinquiendo, nadie podría tomarse la molestia de dejar la oficina para seguirlo. Tampoco le preocupa que los peatones puedan sospechar algo al verlo pasar por el carril rápido con un botín de pertenencias femeninas.

## 6

Una vez en su departamento-refugio, Dollman dispone el abrigo en el suelo, como si fuera un cuerpo al cual abrazarse. Frota la mejilla contra el raso y después de un rato se desploma encima, exhausto ante esa suavidad desconocida.

Cuando despierta es de noche. Tiene la boca seca y transpira. El abrigo está húmedo. Enseguida le viene a la mente la cartera. Disfruta posponiendo el momento de revisarla y se dice que si la arrojara por la ventana atenuaría la traición. Aunque menos que la traición, lo que abrume a Dollman es la inutilidad de su gesto. Solo para ser un mortal más, interrumpió un siglo de historia. Y ni

siquiera es posible trabajar. Si su padre y su abuelo supieran... No le interesa en verdad saber desde cuándo la ley de Trabajo obligatorio ha dejado de regir. Siente una mezcla de piedad y desprecio hacia las quimeras de su padre y sus cómplices. Se le cierra la garganta y le vienen a la cabeza todas las mujeres apetecibles que descubrió al salir del mercado, y por un momento las imagina bailando en ese ambiente desierto.

Ahora solo le queda el abrigo para pasar lapsos de tiempo que después de su aventura le parecen eternos. Fantasea con abrir la cartera y encontrar una pistola con la que al día siguiente se presentará a la Oficina de Desarrollo Laboral. Trata de imaginar una venganza que concluya la misión de la Logia. Deduce que la única que realmente lo dejaría satisfecho sería balear al simio bebé delante de todos. Abre la cartera y encuentra una Biblia que enseguida empieza hojear, sorprendido de haber excluido de su condena la posibilidad de leer y hablar con Dios.

1

**Máquina compuesta de  
dos grandes ruedas  
engranadas  
que**

**mediante cangilones  
sube el agua de  
los pozos y  
acequias**

2

**Pozo de forma  
comúnmente  
ovalada**

**del cual se saca  
el agua con la  
máquina.**

3

**Artilugio de feria  
consistente en una  
gran rueda**

**con asientos que  
giran verti-  
calmente.**



ISSN 2077-8422